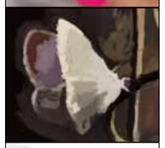
universocentro
Cualquier cosa, menos quietos
Número 92 - Noviembre de 2017 - Distribución gratuita www.universocentro.com

8
Dos historias de ausentes

12
Objetos que brillan en la noche

14
Comer solo

18
La prueba reina


20
Un virus de la mente

22
Cosas de niños

24
Ya no duele tanto

universocentro

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA
– Juan Fernando Ospina
EDITOR
– Pascual Gaviria
COMITÉ EDITORIAL
– Fernando Mora Meléndez
– David Eufrasio Guzmán
– Andrés Delgado
– Anamaría Bedoya
– Maria Isabel Naranjo
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
– Gretel Álvarez
CORRECCIÓN
– Gloria Estrada
ASISTENTE
– Sandra Barrientos
DISTRIBUCIÓN
– Erika, Didier y Gustavo

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro
Número 92 - Noviembre 2017
20.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Seis Hoyos

Fotografía tomada de silaba.com.co

"El jurado reconoce con este premio al periodista y escritor antioqueño Juan José Hoyos Naranjo, quien ha dedicado más de cuarenta años de su vida al oficio periodístico y literario —que en su obra están indisolublemente unidos— y a la enseñanza del periodismo". Mientras una voz de locutor leía el acta del jurado del premio de periodismo Simón Bolívar, a la vida y obra de un periodista, yo seguía con la mirada a Juan José. Él estaba sentado en la primera fila del teatro Julio Mario Santodomingo y yo en el segundo piso.

Juan se paró y empezó a caminar despacio. Yo no despegaba los ojos de su pelo blanco, que era lo único que me daba certeza de que se trataba de él, porque no había llevado mis gafas.

"A este maestro que dignifica el oficio, el jurado le rinde homenaje y confía en que a partir de ahora gane más lectores, sobre todo entre las nuevas generaciones, que tanto necesitan de 'unos buenos zapatos y un cuaderno de notas' para hacer un buen reportaje, como decía su admirado Antón Chéjov". (Carolina Gutiérrez)

* * *

Me adjudicaron un padre adoptivo cuando yo dejaba de ser adolescente, en un charla que Juan José Hoyos conducía con el también escritor Héctor Rojas Herazo, en un salón de la Facultad de Ingenierías de la Universidad de Antioquia.

Apenas empezaba a ilusionarme con el estudio del periodismo y en esa charla mi padre me dijo que Juan José era un camino seguro hacia buenas lecturas. Ellos se habían conocido en sus años universitarios y habían participado en la producción de un periódico de izquierda llamado *7*.

Al final de la charla nos acercamos hasta donde estaba Juan José y para sorpresa del escritor, que hacía décadas no sabía de mi padre, me presentó y luego le dijo: "Lo dejo en tus manos". Juan aceptó con decencia, como quien recibe una encomienda intempestiva de alguien remotamente cercano. Yo sentí vergüenza y algo de desconcierto: ¿Con qué derecho encarta uno a cualquier persona con la sugerencia de encargarse de sus hijos? (Alfonso Buitrago)

* * *

Era mi primer curso con el hombre. Yo no había leído nada de su obra. Ni siquiera sus columnas semanales. Pero quienes habían pasado por sus clases hablaban de un maestro, de un gurú del periodismo narrativo, de un inspirador de cronistas. Y había que estar ahí. No había visto siquiera un foto suya. Y por eso lo imaginaba como un tipo extrovertido, canchero, incluso sobrador. Pero lo que al fin me encontré fue muy distinto. Un hombre sereno, de paso tranquilo, que hablaba en voz baja y paternal sobre la larga tradición de narradores/testigos de su tiempo que desde Heródoto y más atrás llegaba hasta nuestros días. Una tradición de la que él, un periodista lleno de historias y anécdotas que contaba sin afanes, evidentemente hacía parte, y en la que se empeñaba en matricularnos a nosotros.

Éramos, calculo, unos quince o veinte alumnos. Y para los que nos matriculamos por necesidad existencial fue como entrar en un bosque de regalos. Para los que traíamos preguntas, ahí estaban las respuestas. (Juan Miguel Villegas)

* * *

Salvo las dos primeras semanas de un curso de Periodismo y Literatura en 2002, no tengo la imagen de Juan José Hoyos como profesor. No me gustaban sus clases. Durante casi dos horas, Juan José nos hablaba de la técnica de Faulkner y las crónicas de Luis Tejada con la emoción de un sacristán octogenario. Sus clases eran una invitación a la somnolencia.

Ese mismo año me enteré del recién creado Club de Lectura John Reed. Decidí ir, motivado exclusivamente porque al final, decían, tomaban cerveza. Esas tardes cambiaron mi vida universitaria. Fue en el John Reed donde me convencí de mi vocación por las historias de los demás. Juan José lo presidía y, a diferencia de lo que yo había visto en su curso, en el Club hasta cambiaba su tono de voz. Nos leía textos propios y ajenos; echaba chistes y chismes; invitaba a amigos escritores, poetas y cineastas; escuchábamos tangos, salsa y boleros, bebíamos, conocíamos librerías. Caminábamos. Nos revelaba secretos.

Recuerdo la noche en la que vencí mi timidez a leer mis escritos. Estábamos reunidos en el antiguo estadero El Jordán, en Robledo. Éramos seis o siete ese viernes. No sé qué dije ni qué tan largo fue pero, al final, Juan José me besó la mano. Ese gesto —sorpresivo para mí en ese momento— se convirtió en el símbolo de nuestra relación. Juan José es mi papá, mi cómplice y mi amigo, y los muchachos del John Reed, mis hermanos. (Mauricio Builes)

* * *

Debió ser en 2003 o 2004, no lo sé. Nunca he tenido buena memoria. Juan José pasaba por un periodo de insomnio particularmente duro. Uno de tantos. Desde afuera, el insomnio parece una enfermedad literaria: se puede leer en las noches, hacer rendir la vida el doble. Pero la verdad es que nunca se está del todo despierto ni del todo dormido.

Por esos días, luego de las sesiones del Club de Lectura, algunos —dos o tres— nos quedábamos acompañándolo. Luchábamos contra el sueño hasta que íbamos cayendo, por momentos, dormidos sobre las sillas, casi siempre en su casa. Entretanto, Juan José hablaba con ese ritmo pausado que siempre ha tenido para hablar. Borracho de no dormir, comenzaba a contar historias de José Manuel Arango o de Mejía Vallejo.

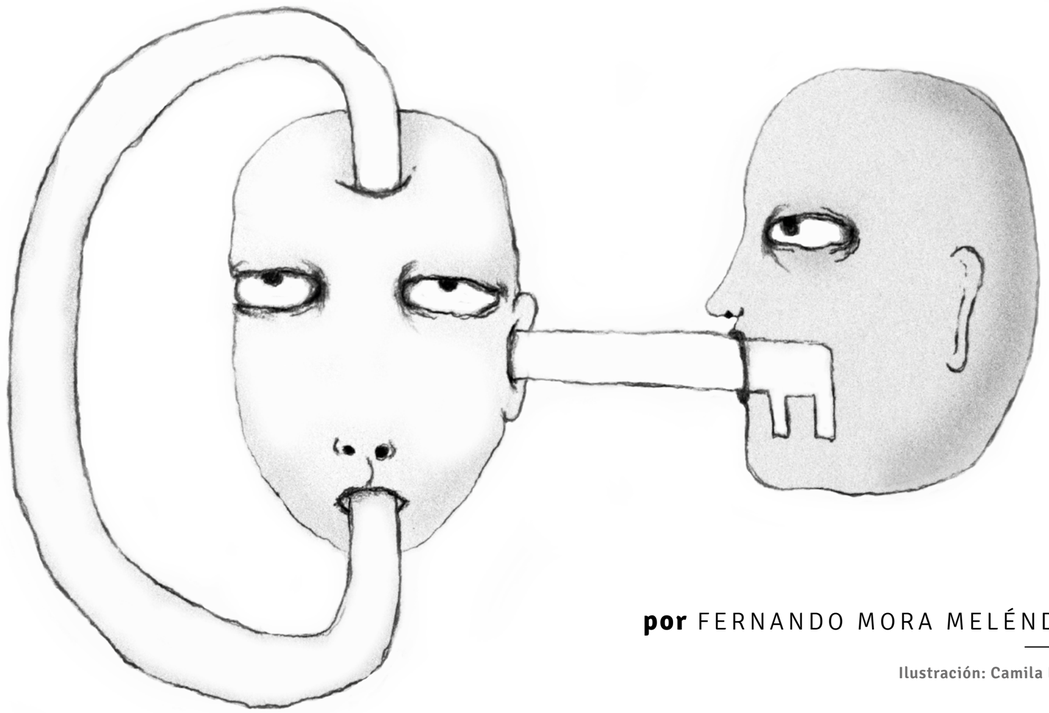
Historias sobre el oficio de escribir, sobre la vida en el campo. Distintas a las que había leído sobre ellos, anécdotas más íntimas. Solo que no las recuerdo. Mi recuerdo es que me decía: No puedes olvidar estas historias, no las puedes olvidar. Pero era casi la madrugada y el duermevela borraba al rato cualquier imagen. Salíamos de su casa con los primeros rayos del sol, mientras él se quedaba ahí, despierto-dormido, hablando con sus muertos. (Camilo Jaramillo)

* * *

Él es el asombro mismo, es la palabra que no se separa de lo nombrado, la voz que narra sin moralismo. Es un par de orejas peludas como las de un viejo sabio lobo, abiertas a los sonidos que absorbe para crear una música serena e inagotable, traducida en voces por sus dedos blancos, suaves, redondos. Hombre silencioso y tímido, contrario a lo que algunos piensan solo porque él siempre responde saludos y sonrisas. Esos deben saber que Juan es la bondad encarnada, incluso cuando putea por las palabras usadas como minucias en mesa de noche. Un día dijo que se escribe como un buen chef cocina: apreciando cada ingrediente, usando lo necesario, disfrutando del proceso sin ocuparse demasiado por el final.

Él desarma con su presencia pacífica, enseña a andar sin hacer ruido, a no interrumpir, y a identificar el olor de la madera que añeja los buenos whiskys. No pertenece a ningún círculo, se mueve por ellos en espiral. Sus amigos son el tendero, el vendedor de periódicos del pueblo, las profesoras de las escuelas rurales, los campesinos, los mineros, los estudiantes, los camioneros, Johann Sebastian Bach y todos los perros del mundo. Juan, además de ser el cronista que conocemos, es el esposo de Martha, el papá de Sebastián y de Susana. Es el guardián de un bosque de árboles frutales que ha plantado al pie del cañón, en Cisneros, entre las altas montañas, ríos y cascadas que cada mañana, al despertarse, saluda. agradecido. (Anamaría Bedoya)

Un don de lenguas



por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: Camila López

Una saga de los bosques de Bohemia quiere que Juan Nepomuceno, nacido en Nepomuk, sea el primer mártir y patrono de los confesores. Era vicario del arzobispo de Praga y se oponía a las reformas que el rey Wenceslao trataba de implantar contra los nobles checos. La disputa entre el poder monárquico y el eclesiástico terminó convertida, con el tiempo, en un chisme de alcoba. Se dice que el monarca, transformado en un monstruo por los celos que le inspiraba su esposa, Juana, mandó a apresar al confesor de esta y trató de obligarlo a que le revelara todos los secretos de la reina. El clérigo jamás soltó la lengua, con el argumento de que la ley de Dios estaba por encima de todos los poderes. Terco hasta el final, maese Juan no pudo evitar que los esbirros lo ataran de pies y manos y lo arrojaran a las aguas del río Moldava, en el año 1393. Los vecinos rescataron el cadáver y le dieron cristiana sepultura. Hubo paz en su tumba hasta 1725, cuando una comisión de médicos, sacerdotes y peritos examinaron la lengua del mártir y descubrieron que estaba incorrupta, aunque seca y gris. Para mayor pasmo, observaron que esta comenzó a esponjarse y tomó el color de una lengua viva. Todos se pusieron de rodillas y así se obró un milagro necesario para que lo declararan santo.

Aunque la historia fue desmentida por la propia Iglesia en los años sesenta, década de incrédulos, a San Juan Nepomuceno no se le retiró del santoral y ha seguido siendo, tal vez por justicia poética, el patrono de los que guardan un secreto.

Espurio o no, el relato del mártir checo cae del cielo para hablar de la curiosa atracción de Elias Canetti por contar historias donde la lengua es el motivo y la razón. Los exegetas dirán que en él lo importante son las diversas lenguas que habló y cultivó, ya que tuvo ese don propio de apóstoles en vigilia y papas viajeros. Está dicho que el autor judío dominaba lenguas casi muertas como el dialecto ladino, pero, algo quizás menos docto y más curioso es su gusto por confesar episodios de su vida, en los que la lengua es protagónica.

Dicen los entendidos que cada autor privilegia algún sentido o una víscera cuando narra. Shelley confiaba en su nariz, incluso dicen que guardaba manzanas podridas en un cajón para inspirarse. Rabelais prefería darle gusto a su estómago. Y Miller evocaba las proezas de su falo mercenario.

En *Las voces de Marrakech*, un libro de crónicas sobre su viaje a Marruecos, Canetti cuenta cómo un mendigo ciego en alguno de los mercados árabes se llevaba las monedas a la lengua y las probaba, una a una, para comprobar su autenticidad. El método era infalible. La lengua aquí ya no sirve para decir verdades sino para probarlas.

En su otro volumen de memorias, *La antorcha al oído*, hace amistad con un erudito cuadripléjico. A este personaje lo vemos mover el único órgano sano que le queda: su lengua. Con ella discute y pasa, ávido, las páginas humedecidas de sus libros de filosofía. Se devuelve hasta encontrar la cita precisa de algún pasaje. Cuando creíamos que este genio, por obvias razones, solo podía entregarse a la especulación metafísica como única distracción, nos damos cuenta de que también es un ávido mirón, que contempla con lascivia las piernas de las muchachas y que, de vez en cuando, huye en su silla de ruedas con alguna amante hacia lugares más discretos.

Pero uno de los episodios más recordados sobre lenguas es la escena en que un leñador iracundo obliga al pequeño Elias a abrir la boca y sacar la suya. Entonces el hombre le arrima su cuchillo de carnicero, mientras lo amenaza, so pena de cortarle la sinhueso si revela sus amoríos con la criada de la familia. A pesar de que guarda silencio, el niño no deja de pensar jamás en el filo del mataganado. (Cállate, le diría Boogie, el aceitoso, si no quieres ser una lengua muerta como el latín).

El padre de Canetti murió de repente, en un desayuno, después de leer en el periódico que estallaba la Segunda Guerra Mundial. Su madre confesaría después que no era la guerra aquello que lo atormentaba sino el mismo mal del rey de Bohemia, los celos. Al igual que el monarca checo, el padre del escritor nunca pudo conocer del todo los secretos de su mujer. Dicen que nadie está solo si tiene un secreto, pero que no saberlo puede ser la peor desolación.

Si el escritor se babeaba por escribir historias sobre lenguas debió ser porque era políglota: dominaba tantas lenguas que temía perder su órgano de fonación. En un pasaje describe cómo el propio James Joyce se alejó malhumorado de una lectura que ofreció Elias, en ruso, de su primera obra de teatro. No saber ni jota de ese idioma era humillante para el irlandés que se fue a freír riñones de cerdo con vino blanco, su plato predilecto para el desahogo.

Canetti se palabreó con las grandes personalidades de la Viena de los años veinte, a los que a menudo trata de modo irreverente. A Bertold Brecht lo muestra como un burgués apoltronado que persigue el auto último modelo; a Emil Ludwig lo retrata como un pedante perfumado; a Robert Musil como un cadete engreído que pese a estar auspiciado por sus paisanos judíos los ignora o los desprecia.

Elias Canetti pese a todo no fue tan viperino, ni lo ha dicho todo aún. Sus albaceas literarios aguardan la llegada del año 2034 cuando, de acuerdo con la última voluntad, abrirán las bóvedas con más diarios y confesiones, tan herméticas como los secretos que Juan Nepomuceno le guardaba a la reina. Se cumplirá aquella fantasía de seguir hablando en lenguas mucho después de haber muerto.

Y, tal vez, como en la historia del santo de Praga, viajarán peregrinos, críticos, y devotos, para curiosear la lengua viva de este autor búlgaro que bien merece un lugar en el santoral literario.

Conviene, en época de delaciones, confesiones forzadas y acaloradas defensas, con aspavientos de ventilador, recordar las prosas linguales de Elias. A propósito, en su libro *Apuntes* trinó así, refiriéndose a algún *alter ego*: "Él solo cree en aquellos cuya lengua no comprende".

Archivo Bomberos Aeronaúticos, 2017.

Cuando los otros caen

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

A unos veinte kilómetros de la pista del aeropuerto de Rionegro, el piloto de la aeronave que transportaba al equipo brasilero Chapecoense y a un grupo de periodistas volaba en picada a nueve mil pies, cuando la altura que debería tener en ese punto del recorrido era de diez mil pies. Antes de colisionar contra Cerro Gordo, en el municipio de La Unión, sin combustible y con falla eléctrica total, el avión se quedó completamente a oscuras. En el instante final de sus vidas, los pasajeros no vieron nada más.

Los últimos tres minutos y 45 segundos, el avión de Lamia planeó sin reactores. En un desesperado intento por superar el cerro, a escasos trece kilómetros del aeropuerto, el piloto levantó la parte delantera del avión. Entonces ocurrió el impacto a unos 230 kilómetros por hora. La cola chocó contra el filo de la montaña y partió la aeronave en dos.

El resto del fuselaje salió catapultado y cayó sobre la pendiente deslizándose como una avalancha que atraviesa un bosque. Por acción de la gravedad las sillas se precipitaron hacia adelante al tiempo que centenares de árboles perforaban el casco del avión y herían a sus ocupantes, convirtiendo todo en un amasijo de latas, palos y cuerpos.

***

En pocas ocasiones una ciudad se entrega a un duelo colectivo con tanto sentimiento como lo hizo Medellín el 30 de noviembre de 2016. Con excepción de la muerte de Pablo Escobar o la de Andrés Escobar —tan relacionadas y tan contradictorias—, esta ciudad, donde han ocurrido tragedias de todo tipo, con miles de muertos acumulados tan solo por la violencia de las últimas décadas, se ha negado a llorar colectivamente a sus muertos.

Más extraño aún fue que lo hiciera de forma tan masiva aquel miércoles de hace un año, pues ninguno de los fallecidos era hijo de su tierra. No eran seres queridos. Sus nombres eran desconocidos. Venían de un lugar del que apenas sabíamos por escuetas y recientes notas de prensa.

Los futbolistas del equipo brasilero Chapecoense, que tenían la misión de convertirse en héroes para sus compatriotas, no alcanzaron a llegar a su destino en el estadio Atanasio Girardot. Venían a coronar un ascenso sorpresivo, a dar el primer paso para conquistar un título internacional impensado para un equipo de fútbol humilde, salido de una pequeña ciudad de Brasil con nombre de ritmo caribeño: Chapecó.

Las fallas del piloto los hicieron caer estrepitosamente. Venían por gloria y a cambio los condujeron a la muerte. De repente, fuimos testigos de la caída y muerte de 71 personas: diecinueve jugadores, seis integrantes del cuerpo técnico, veinte periodistas, diecinueve acompañantes y siete miembros de la tripulación. Tres jugadores, dos tripulantes y un periodista sobrevivieron al impacto.

Seguimos minuto a minuto el colapso de un sueño colectivo. Un sueño que también era el nuestro, el de una hinchada. Una tragedia que le pudo haber pasado a uno de nuestros equipos, a jugadores amados, a nosotros mismos. Cuando los otros caen, ¿quién está ahí para levantarlos?

***

Meses después, en Plaza Mayor, se realizó el V Congreso Internacional de Duelo, los días 15 y 16 de junio de 2017. Una de las charlas se anunciaba como "Desde el corazón de la tragedia" y los nombres de Hernán David García Suaza y Andrés Juan Guerrero Montenegro aparecían bajo el título. En el auditorio había unas trescientas personas, casi en su totalidad pertenecientes al sector funerario. Muchos de ellos hacían parte de las llamadas "unidades de duelo", divisiones de algunas funerarias dedicadas a prestar acompañamiento y apoyo psicológico a los deudos, pero también había dueños y directivos de funerarias, agentes comerciales y embalsamadores.

Algunos habían participado en la preparación de las víctimas del Chapecoense, realizada en alianza entre las funerarias San Vicente, Los Olivos, Medellín y Nazareno. Era un público al mismo tiempo sensible y muy difícil de conmover. Acostumbrado a lidiar con tragedias, difuntos y deudos.

A primera vista, los conferencistas parecían pilotos de la Fuerza Aérea, uniformados con trajes de campaña azul oscuro. El pelo al rape, delgados, uno más alto y risueño, de unos 1.75 metros; el otro un poco más bajo y más serio. A lo largo de la charla cambiarían de posición de un lado al otro del escenario como si fueran un dúo musical en concierto o los personajes de una obra de teatro.

Eran bomberos aeronáuticos del aeropuerto José María Córdova, un cuerpo de bomberos dedicado exclusivamente a atender emergencias del sector aeronáutico, veinticuatro horas al día, siete días a la semana, 365 días al año. Trabajaban para la empresa Airplan —que administra el aeropuerto de Rionegro— desde hacía nueve años.

Como la posibilidad de un accidente aéreo es muy poco probable, dijo Hernán García, quien tomó la palabra en primer lugar, su labor principal consiste en estudiar y entrenarse día tras día, a la espera —siempre deseada— de tener que entrar en acción. O atender casos menores de aeronaves pequeñas o incidentes puntuales que por lo general no alteran la rutina del aeropuerto ni de los viajeros.

El padre de Hernán ha sido bombero aeronáutico por más de treinta años y nunca ha tenido que atender un avión accidentado. A Hernán y a Andrés, en su primera emergencia grave, les tocó uno de los desastres aéreos más grandes sucedidos en Colombia en los últimos años: la caída del vuelo LMI 2933 de la empresa Lamia el lunes 28 de noviembre de 2016 a las 9:58 p.m.

—Conozco, por los compañeros que no pudieron estar en la tragedia, la frustración que se siente al no poder estar en el lugar del siniestro. Cuando toman la decisión de llevarnos a nosotros, porque no pueden llevarlos a todos, para uno es un honor decir que va a ir. Hay muchas emociones diferentes. Hay satisfacción por lo que se va a hacer, pero somos conscientes de que es un dolor para otros —dijo Andrés cuando tomó su turno.

Durante hora y media, los bomberos Guerrero y García contaron las intimidades de aquella noche confusa, angustiante y agridulce con tal sinceridad y desparpajo que parecía como si hubieran esperado meses para gritarle al mundo que habían estado allí. Los asistentes los miraban alelados, como si rebobinaran en sus propias cabezas una película de la que hasta entonces solo habían oído retazos.

Al finalizar la charla contarían que aparte de ser bomberos, Hernán era fundador del colectivo de cuenteros Pánico Escénico de Rionegro y Andrés era tatuador. Quedaba claro que disfrutaban contado su historia y que sabían cómo dejar una marca.

***

El local donde Andrés tatúa queda en el barrio El Porvenir, en la zona rosa de Rionegro, a media cuadra de una calle llena de bares, discotecas y restaurantes. Trabaja en un garaje decorado con afiches de festivales de tatuaje, que comparte con un colega. Suena rock pesado y me recibe vestido de negro, con camisa, *jeans* y tenis, el pelo engominado, la barba bien delineada y los brazos descubiertos, llenos de tatuajes. No es precisamente el personaje que uno espera que le salve la vida en un accidente aéreo.

Antes de venir a vivir a Medellín en 2003, Andrés, nacido en Armenia hace 37 años, fue testigo de un par de accidentes que recordaría cuando se convirtió en bombero, en 2008. La infancia y la adolescencia las pasó en Manizales, viviendo con una tía maestra que lo crio. Cerca de su casa vio como un carro de bomberos se salió por los bordes de un puente y cayó a un vacío de unos quince metros, estrellándose contra las rocas de un río con cauce bajo. La imagen del rescate de los bomberos muertos con un helicóptero se le quedó grabada. El segundo accidente fue en la madrugada antes de dejar la ciudad. Desde la ventana de su habitación vio cómo se incendiaba una casa vecina. Podía ver la pieza de Ana María, una vecina de diez años amiga de su primita. No podía creer en lo que estaba viendo. ¡Mi niña, mi niña, saquen a mi niña!, escuchaba a la madre gritar en la acera. Al padre también lograron sacarlo, pero la niña murió incinerada. "Quedó como un paquetico, como les pasa a los cuerpos que se queman, se encogen".

Era la primera vez que veía personas quemadas por un incendio. Luego recuerda haber visto a los periodistas entrevistando vecinos y al otro día, ya en Medellín, el titular de un diario sensacionalista: "Hombre quema a su mujer por una presa de pollo". Sintió rabia por no haber hecho nada y rabia con los periodistas por aprovecharse de una tragedia. Por mucho tiempo se sintió culpable y se lo recriminó.

En 2008, su cuñado John Fredy Jiménez, ingeniero de sistemas del aeropuerto Olaya Herrera, le dijo que Airplan había abierto una convocatoria para contratar y formar bomberos aeronáuticos, que se presentara. "¿Usted cuándo ha visto que se caiga un avión? Tienen gimnasio, hacen deporte y les pagan", le dijo. Y Andrés decidió cambiar de vida. Fue uno de los cien bomberos que Airplan contrató para atender los seis aeropuertos concesionados a la compañía en Colombia. "El día que pase algo tengo que ser Superman", se dijo recordando los accidentes que había presenciado en Manizales. Tras un breve período en el aeropuerto de Corozal, en 2009 se incorporó a la estación de bomberos del aeropuerto de Rionegro.

Hernán David García, nacido en Santa Bárbara pero criado en Rionegro, de 32 años, ha sido cuentero profesional la mitad de su vida. Hace ocho años fundó el colectivo cultural Pánico Escénico en el barrio El Porvenir para llevar sus presentaciones al espacio público del municipio. Su sede es la calle y en 2015 fueron considerados el mejor colectivo cultural del Oriente antioqueño.

Hijo de bombero, desde pequeño fue habitual de las estaciones de bomberos, pero su cuento sería otro por muchos años. En 2002 participó en el primer festival de cuenteros del Oriente antioqueño y se lo ganó. Desde entonces se involucró con la movida de la cuentería en Medellín y conoció a Viva Palabra y a Róbinson Posada, el conocido Parcero del Popular N° 8, con quien empezó a trabajar. Se convirtió en el cuentero David Suaza, nombre que le parecía más sonoro que Hernán García, que podía ser cualquiera.

En 2008 se inició la privatización de los aeropuertos en Colombia y al padre de Hernán lo trasladaron para Cali. Le propuso a su hijo que se convirtiera en bombero, aprovechando la convocatoria abierta por Airplan. "¿Cómo usted?", le preguntó Hernán. "¿A esperar a que se caiga un avión? De una, yo me meto", le dijo. Pensaba que lo único que tendría que hacer era trotar.

En la prueba simulada, con una careta de bomberos en el rostro, los ojos cerrados, siguiendo una cuerda por un túnel con diferentes obstáculos, descubrió que tenía claustrofobia y no pasó. Se obsesionó con vencer su miedo. Le pidió ayuda a su padre, quien lo preparó, y se presentó a una segunda prueba en la que quedó de primero. En 2009 empezó su nueva vida en el aeropuerto de Rionegro, sin abandonar su Pánico Escénico.

***

El lunes 28 de noviembre de 2016 Hernán tenía el turno de seis de la mañana a seis de la tarde. Por una calamidad familiar, un compañero le pidió que le hiciera el turno de la noche así que estaría veinticuatro horas de servicio. Llevó una buena provisión de comida y varias películas. Los lunes por lo general hacen capacitaciones sobre planes de evacuación y emergencias para el personal del aeropuerto. En la tarde hizo ejercicio. A las siete comió y a las ocho ya estaba acostado, pues le correspondía guardia de tres a seis de la mañana. Más o menos una hora después lo despertó la alarma.

Andrés llegó a las seis de la tarde a recibir su turno como cualquier día. Revisó los equipos, las máquinas de bomberos y se distribuyeron las tareas de la jornada. Se cambió y se puso a hacer ejercicio. Se bañó, comió y estaba verificando los vuelos de la noche cuando sonó la alarma.

—Nos equipamos y salimos en las máquinas por la emergencia de un avión de Viva Colombia. Aterrizó y no pasó nada, así que volvimos a entrar a la estación. Me alcancé a quitar el equipo cuando volvió a sonar. Otra vez para la máquina. Esta vez nos dijeron que venía una aeronave con falla eléctrica total. Eso era muy grave.

Andrés sacó su celular y la buscó en el VOR (radar). Vio que la aeronave había hecho un circuito, dado un par de vueltas y luego aparecía quieta. "O se perdió la señal o en ese lugar quedó", se dijo. Una vez el avión aparece en el radar se demora unos cuatro minutos en tocar pista. Pasaron unos siete minutos y nada.

—En ese momento nosotros estábamos en las máquinas escuchando las comunicaciones de los aviones y uno siente mucha impotencia.

El teniente Wilson Taborda, comandante de la estación, les dijo que por protocolos internacionales debían esperar treinta minutos para que la torre de control declarara la aeronave desaparecida, pero les ordenó devolverse a la estación para equiparse y salir a buscarla.

—¡A mí me lleva, a mí me lleva! —le dijo Andrés al comandante.

La estación no se podía dejar sola y por las condiciones del terreno donde suponían había caído no podían llevar las máquinas de bomberos. El comandante decidió equipar una camioneta 4x4 y salir con cuatro bomberos: Hernán García, que conocía la zona; Alex Vergara, que había sido enfermero del Ejército; y Jhonatan Ramírez y Andrés Guerrero. Pararon en la estación de bomberos de Rionegro para unirse a otro grupo de bomberos voluntarios que también salía para la emergencia y a eso de las once de la noche se encontraron con más voluntarios de La Ceja y La Unión cerca a la entrada de este último municipio.

—Cuando un bombero va a toda velocidad a atender una emergencia no va con la cara triste —dijo Hernán tomando su turno en la charla—. Va con una sonrisa de oreja a oreja, porque su misión es ayudar.

***

La noticia del accidente corría ya en camino de convertirse en un suceso de atención mundial. Juan Carlos de la Cuesta, presidente del Atlético Nacional, y Federico Gutiérrez, alcalde de Medellín, se aprestaban a subir al lugar del accidente. Por uno de los chats de los integrantes de la barra Los del Sur de Atlético Nacional, Felipe Muñoz, uno de sus líderes, se enteraba todavía incrédulo de que el avión del equipo rival de la final de la Copa Suramericana se había caído. Prendió la radio y escuchó la noticia en boca del locutor Alonso Arcila. Entonces puso un mensaje en las redes sociales de la barra: "Atención miembros de nuestra barra en el sector de La Unión y oriente antioqueño. Atentos a las indicaciones para ir a ayudar o para solidarizarse con la tragedia".

—Lo puse desde una concepción muy simple: se cayó un avión con brasileños en territorio antioqueño y nosotros, con gente en todas partes, seguro podíamos ayudar en cualquier cosa —recuerda Felipe.

Ese trino se hizo viral, muchos medios lo reprodujeron como una muestra de que la hinchada de Nacional apoyaba a sus rivales, y empezaron a llegar hinchas a una estación de gasolina ubicada a pocos metros antes de entrar al casco urbano de La Unión, desde donde ya se coordinaba el operativo de rescate.

Al lugar del accidente, que hoy es un santuario y un lugar de memoria, se accede por una carretera veredal, destapada, que empieza por detrás de la estación de gasolina. La trocha conduce también al lugar donde está ubicado el VOR, que tiene vigilancia privada y de policía.

En la estación de gasolina los policías les indicaron a los bomberos dónde había caído la aeronave, a unos siete kilómetros y cuarenta minutos de camino. La noche estaba muy oscura, sin luna ni estrellas.

Antes de llegar al VOR debían abandonar la carretera y adentrarse en el monte, buscando la ladera de Cerro Gordo. Había matorrales y un terreno recién arado en el que se les hundían las botas hasta treinta centímetros. Un campesino les apuntó en cierta dirección y les dijo que tuvieran cuidado con los cultivos.

En ese punto es donde se empieza a crear la historia del "niño ángel", que Hernán y Andrés alegan nunca haber visto. En cambio recuerdan a un hombre que los ayudó toda la noche. La policía intentó retirarlo en varias ocasiones, pero ellos lo defendían porque estaba siendo muy útil. Más tarde se darían cuenta de que era el segundo accidente en el que había estado. El improvisado ayudante local tenía más experiencia que ellos. Andrés le regaló sus guantes como agradecimiento. Iluminándose con las luces de los cascos, los bomberos seguían abriendo camino con machetes.

—Como a las 11:40 superamos los últimos helechos y todavía estábamos en efecto túnel, veíamos solo lo que teníamos al frente. El primer cadáver que vi fue el de Sisy Arias, miembro de la tripulación, estaba colgada de un árbol

Pablo Monsalve, 2016.

Archivo Bomberos Aeronaúticos, 2016.

—dijo Hernán—. Me tocó respirar hondo, fue una escena muy dura. Sentí como si ese cuerpo me dijera: llegaron.

—El terreno era muy difícil: humedad, frío, niebla. La ayuda helicoportada no pudo descender por la niebla. Buscábamos señales de vida entre el material esparcido por la aeronave, árboles, escombros y cuerpos sin vida —dijo Andrés.

—Imagínense un lugar con muchos carbones ardiendo, unos más que otros —dijo Hernán usando una licencia de cuentero, pues por la ausencia de combustible en el accidente no hubo fuego—. Los carbones más ardientes eran los heridos que más gritaban. Empezamos a trabajar y los carbones se iban apagando.

En el auditorio se escuchó un ¡ay! contenido.

El primer sobreviviente que lograron sacar se les murió en el camino. Lo descargaron y regresaron.

—Solo teníamos la visual que nos permitía la luz del casco y por donde volteaba me encontraba restos. Subí la montaña con una camilla y un palo que usé de bastón para apoyarme, porque era muy empinado. Tenía que tener cuidado para no pararme en los cuerpos. Cuando alcancé la parte superior de la montaña encontré vivo a Erwin Tumiri, el técnico de la aeronave, acompañado por un policía que le había prestado su chaqueta y lo estaba animando —continuó Andrés.

Otros dos bomberos encontraron un poco más arriba a Rafael Henzel, uno de los periodistas, vivo pero muy delicado, en peores condiciones que Erwin. Entonces Guerrero llevó la camilla para el rescate de Rafael, que se encontraba debajo de unos árboles caídos. El terreno era tan empinado que Andrés se tuvo que poner la camilla en los hombros para nivelarla horizontalmente y que sus compañeros pudieran encamillar al periodista.

Bajar esos dos sobrevivientes de la montaña fue más duro que cualquier entrenamiento que hubieran tenido en sus años como bomberos.

—Fue una odisea, yo sentía que los brazos se me iban a desprender —continúo Guerrero—. Me dañé el brazo, me dañé el brazo, pensaba. Después me enteré de que Rafael pesaba 120 kilos. ¡Me hubiera quedado con Erwin!

El auditorio ahora se río, descansando de la tensión que guardaba.

—Guerrero se quedó con Rafael y yo subí con Vergara, nuestro compañero enfermero, para bajar a Erwin —continuó Hernán—. Vergara mide menos de 1.60 metros y para llegar donde Erwin había que superar una pared de unos 2.20 metros. Le tuve que poner la camilla de escalera para que subiera. Intentábamos no pisar los cuerpos, pero a veces no había opción. Yo atiendo a los heridos abajo, me dijo Vergara, descompuesto por la subida.

Erwin fue el único sobreviviente que estaba consciente y podía hablar. Lo encamillaron y empezó a mencionar los nombres de sus compañeros. Lo tranquilizaron y caminaron detrás de la camilla de Rafael hasta que los sacaron a la carretera. El teniente regresó al puesto de mando unificado ubicado en la gasolinera para pedir más rescatistas, camillas e hidratación. Eran más o menos las dos de mañana, dos grados centígrados de temperatura, había neblina y llovía. Encontraron dentro del avión una nevera con Gatorades y con ellos se hidrataron varios bomberos.

Guerrero escuchó algo que le pareció una tos. Pidió silencio total, pero no escuchó nada más. Sin embargo, quedó con la sensación de que podía haber alguien más con vida.

—No hubo eviscerados ni exposición de sesos, muy pocos mutilados o con mutilaciones leves, pero los cuerpos quedaron esparcidos en varios puntos distantes entre sí —prosiguió Hernán.

A las dos y media se suspendió el rescate por la densa niebla que no los dejaba ver. El aluminio del avión se fractura en punta y es muy peligroso para los rescatistas. Se sentaron sobre las camillas a esperar la orden para regresar. Jhonatan y Hernán se abrazaron para calentarse. Esa fue la primera pausa que hicieron y empezaron a comentar lo que cada unidad había encontrado.

—En ese momento se nos pasó el efecto túnel y nos dimos cuenta de lo que teníamos al frente —dijo Hernán.

A las cuatro de la mañana, con mejor visibilidad, retomaron las labores. Un médico rescatista escuchó un *beap*, como de un teléfono descolgado, y por ese sonido, a las 4:30 de la mañana encontraron al último sobreviviente. Hélio Neto, uno de los jugadores, estaba en el lugar donde Guerrero había oído la tos. Había sobrevivido casi siete horas después del impacto. Neto mide 1.95 metros y estaba en un terreno removido para sembrar papa, cubierto de tierra y maleza.

Las camillas miden 1.80 metros, así que les sobraban quince centímetros de la humanidad de Neto. Se necesitaron ocho personas a cada lado de la camilla para poderlo transportar, haciendo relevos. Dos soldados le cogieron cada uno una pierna y empezaron a caminar. El ayudante local se hizo cargo de la linterna. A lado y lado de la camilla bomberos, policías y soldados se turnaban la carga. Los que no estaban cargando empujaban y se aseguraban de que los otros no se cayeran. El trayecto hasta la carretera les tomó cuarenta minutos, dañando sembrados y con la tierra hasta las rodillas.

—¡Forza, forza, aguantá, ya vamos a llegar, tranquilo!, le decíamos. Pesaba toneladas y ese esfuerzo nuestro no podía ser en vano. Tenía ojos de mapache. Seguro cuando lo oí la primera vez perdió la conciencia y luego la recuperó. Él trataba de tocarse la cara y manoteaba desesperado —dijo Andrés.

—Como a los quince minutos empezó a hablar. La alianza, la alianza, decía y se movía. No le entendíamos. Alguien se iluminó y dijo: la argolla de matrimonio. Vimos que la tenía en el dedo. Con la otra mano hicimos que la tocara y le metimos las manos entre los pantaloncillos para que no las moviera —continuó Hernán.

En el camino se encontraron con un periodista local que iba en dirección a la tragedia.

—Los periodistas tiene un don. No sé por dónde se meten, pero llegaron primero que el agua para los bomberos. Nosotros íbamos y no sabíamos por dónde coger y él venía y no sabía para dónde iba. ¿Por dónde te metiste?, le grité. Dé media vuelta, tome esta linterna y alumbre que por ahí vamos a salir —dijo Hernán.

Un policía obligó al periodista a devolverse con ellos. Cuando llegaron a la carretera muchas personas se les arrimaron para recibirles la camilla y tomarse una foto con ella. De ese momento son las primeras fotos que se conocieron de los rescatistas.

—No sabíamos que lo que estábamos haciendo le iba a dar la vuelta al mundo. Cuando los periodistas nos apuntaron con las cámaras yo me escondí porque me sentía feo para salir en una foto. En esas cosas llega uno a pensar. Pero en ninguna de esas fotos vi al tal niño ángel. Cuando montamos a Neto a la camioneta me decía para mí mismo: que se salve, que salga con vida. Él era la última esperanza de haber triunfando en el rescate, de sentir satisfacción por la labor cumplida —dijo Andrés.

De sentir que había logrado ser el Superman que se había prometido ser.

Juan Fernando Ospina, 2017.

***

Después de un breve descanso para tomar una agua de panela que les había preparado el vigilante del VOR regresaron. Eran las seis de la mañana.

—A esa hora fue la primera vez que vimos el lugar del accidente con luz día. En ese instante le dije a Guerrero: Esto es lo que es una escena dantesca. Ramírez, Guerrero y mi persona nos quedamos ahí parados tres o cuatro minutos, callados, intentando digerir lo que estábamos viendo. Nos mirábamos y nos rascábamos la cabeza.

Solo quedaban las restos de las brasas que se fueron apagando durante la noche. Cuando llegaron a la zona del impacto les dijeron que no había más sobrevivientes, que seguían con los muertos. Completamente agotado, el bombero Jhonatan Ramírez, quien también es fisicoculturista, se sintió mal. "Yo venía por lo vivos", dijo y se sentó. Ni siquiera sus grandes músculos fueron capaces de volverlo a levantar.

Con los refuerzos que habían llegado desde la estación de gasolina iniciaron el rescate de los fallecidos, en coordinación con la Fiscalía. Empezaron por los más cerca, en la parte baja de la pendiente. Los más difíciles estaban sobre árboles a varios metros de altura, otros estaban amarrados a sus sillas entre partes del fuselaje que había que cortar para sacarlos.

Uno a uno iban poniendo los cuerpos en fila en la base del cerro, donde la Fiscalía hacía los levantamientos oficiales. Cerca de las once de la mañana, cuando pararon a tomar un refrigerio, habían recuperado 43 cadáveres. En ese momento el comandante les dijo que su turno había acabado, que se podían ir a descansar. Hernán García y Andrés Guerrero terminaban así la experiencia más intensa de sus vidas y de sus carreras. Y todavía conservaban la sonrisa con la que habían salido de la estación de bomberos doce horas atrás.

El salón de conferencias parecía una inmensa sala de velación, como si los asistentes estuvieran acompañando en silencio a unos deudos con ganas de desahogarse, de contar por lo que habían pasado.

—Nuestro homenaje a las víctimas fue el 2 de diciembre en el aeropuerto, en presencia de los aviones y las tripulaciones que iban a transportar a los fallecidos a sus lugares de origen —dijo Hernán.

—Uno siente que fue como una graduación. Como si fuera futbolista y me preguntaran si he jugado la final de una copa o un mundial. Fue como jugar una final contra un equipo grande. Ayudar a bajar al periodista y a sacar a Neto fue como haber hecho dos goles importantes —dijo Andrés.

Al finalizar la charla, de pie, los asistentes irrumpieron en aplausos.

La mañana del martes 29 de noviembre, mientras en Cerro Gordo terminaban de rescatar los cuerpos de las víctimas, en la oficina del presidente de Atlético Nacional había una reunión para decidir lo que iban a hacer. Felipe Muñoz estaba presente.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Juan Carlos de la Cuesta.

—Presidente, nosotros en un rato vamos a convocar, con apoyo de quien quiera, una movilización en el Parque de Banderas con velas y banderas de Nacional, que tienen los mismos colores del Chapecoense —le dijo Felipe.

—No, no, vamos a hacerlo en el estadio —dijo de la Cuesta.

—Listo presidente, pero necesitamos los permisos.

—Espere yo llamo al alcalde.

Poco tiempo después las redes sociales de la alcaldía hicieron público y convocaron al homenaje del miércoles 30 en el estadio. Gran parte de la ciudad quería hacer algo y se preguntaba qué podía hacer.

—Algo le pasó a esta ciudad que la traumatizó y la llevó hipnotizada a homenajear a esas almas perdidas. Esta ciudad tan sanguinaria, tan cruda, tan mala, se volcó por ir al velorio de unas personas que no conocía. Algunos incluso se pelearon. Afuera del estadio hubo una serie de minidisturbios por entrar a homenajear a unos desconocidos —recuerda Felipe.

Cinco meses después los tres jugadores sobrevivientes, el arquero Jackson Follmann, a quien le tuvieron que amputar su pierna derecha; el defensor Hélio Neto; el lateral Alan Ruschel; y el periodista Rafael Henzel volvieron al ahora llamado Cerro Chapecoense a revivir su tragedia y a conocer el lugar donde volvieron a nacer.

El sitio se convirtió en un santuario, con cruces, banderas, flores. Sobre la huella de la avalancha todavía es posible encontrar pequeños restos de la aeronave, piezas de aluminio y partes de ventanas, medias y pantaloncillos embarrados, cepillos de dientes y máquinas de afeitar en pedazos. En la cima de la montaña, donde colisionó la cola del avión, ondea una bandera gigante del Chapecoense, junto con chalecos salvavidas y máscaras de oxígeno izados a su lado.

Subí con Hernán al cerro nueve meses después del accidente. Era la primera vez que se reencontraba con el lugar de la tragedia. De nuevo reconstruyó, paso a paso, lo que vivió aquella noche. Sin dejar de ser cuentero, volvió a poner en palabras lo que ya había dejado de existir.

Dice Fernández de Oviedo que uno de los mayores espantos de los indios eran las letras. Y que un cristiano le pudiera decir a otro, en la distancia, las cosas que le habían sucedido. Les sorprendía eso de "entenderse con los ausentes". Ese mismo asombro dejan hoy las crónicas de Indias, esos primeros reportajes. Van unas notas morales sobre los chibchas y el debut de los españoles con la burundanga.

Dos historias de ausentes

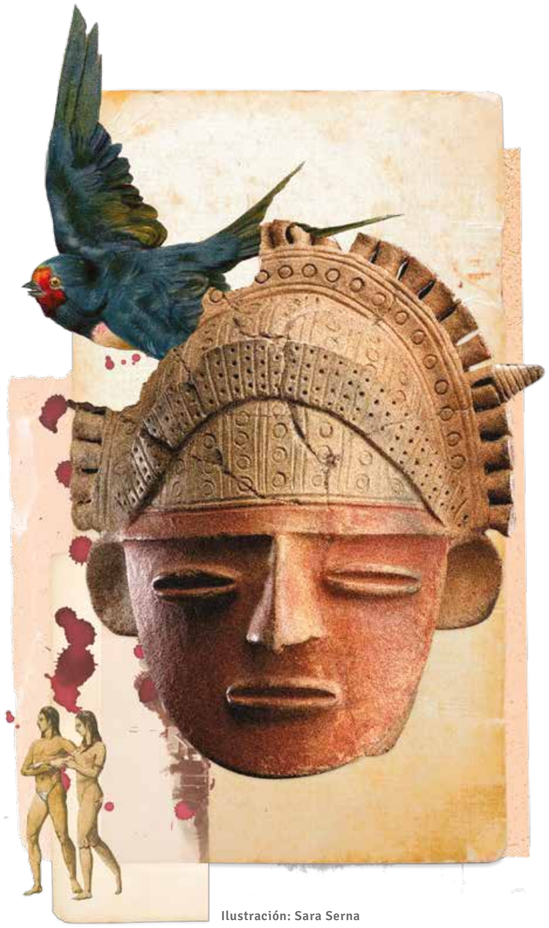


Ilustración: Sara Serna

Moral y religión de los chibchas. Epítome de Gonzalo Jiménez de Quesada

Juan Friede

La vida moral de estos indios y policía suya es de gente de mediana razón, porque los delitos hechos, los castigan muy bien, especialmente el matar y el hurtar y el pecado nefando, de que son muy limpios, que no es poco para entre indios. Y así hay más horcas por los caminos y más hombres puestos en ellas, que en España. También cortan manos, narices y orejas por delitos no tan grandes, y penas de vergüenza hay para las personas principales, como es rasgarles los vestidos y cortarles los cabellos, que entre ellos es gran ignominia. Es grandísima la reverencia que tienen los súbditos a sus caciques, porque jamás les miran a la cara, aunque estén en conversación familiar de manera que si entran donde está el cacique han de entrar vueltas las espaldas hacia él, reculándose hacia atrás; y ya sentados o en pie, han de estar de esta manera, que en lugar de honra, tienen siempre vueltas las espaldas a sus señores.

En el casarse no dicen palabras ni hacen ceremonias ningunas, mas de tomar su mujer y llevársela a casa. Cásanse todas las veces que quieren y con todas las mujeres que pueden mantener, y así uno tiene diez mujeres y otro veinte, según la calidad del indio; y Bogotá, que era rey de todos los caciques, tenía más de 400. Les es prohibido el matrimonio en el primer grado, y aun en algunas partes del dicho Nuevo Reino, en el segundo grado también. Los hijos no heredan a sus padres sus haciendas y estados, sino los herederos, y si no hay, los hijos de los herederos muertos, y a éstos tampoco no les heredan sus hijos, sino sus mismos sobrinos o primos.

Viene a ser todo una cuenta con lo de acá, salvo que estos bárbaros que van por estos rodeos, tienen repartidos los tiempos de meses y año, muy al propósito: los 10 días primeros del mes, comen una hierba que en la costa de la mar llaman hayo, que los sustenta mucho y les hace purgar sus indisposiciones. Al cabo de estos días, limpios ya del hayo, traen otros días en sus labranzas y haciendas, y los otros 10 que quedan del mes, los gastan en sus casas, en conversar con sus mujeres y en holgarse con ellas. En uno y en otro repartimiento de los meses, se hace en algunas partes del Nuevo Reino de otra manera: hacen de más largo y de más días cada uno de estos repartimientos.

Los que han de ser caciques o capitanes, así hombres como mujeres, métenlos cuando pequeños en unas casas encerradas. Allí están algunos años, según la calidad del que espera heredar, y hombre hay que está 7 años. Este encerramiento es tan estrecho, que en todo este tiempo no ha de ver el sol, porque sí lo viese, perdería el estado que espera. Tienen allí con ellos quien les sirva, y danles muchos y terribles azotes, y en esta penitencia están el tiempo que he dicho. Y salido, ya puédense horadar las orejas y las narices para traer oro, que es la cosa entre ellos de más honra. También traen oro en los pechos, que se los cubren con unas planchas. Traen también unos capataces de oro, a manera de mitras, y también los traen en los brazos.

Es gente muy perdida por cantar y bailar a su modo, y estos son sus placeres. Es gente muy mentirosa, como toda la otra gente de Indias, que nunca sabe decir verdad. Es gente de mediano ingenio para hacer cosas artífices, como en hacer joyas de oro y remedar las que ven en nosotros, y en el tejer de su algodón, conforme a nuestros paños, para remedarnos; aunque lo primero no lo hacen tan bien como los de la Nueva España, ni lo segundo, tan bien como los del Perú.

Cuanto a lo de la religión, digo que en su manera de errar, son religiosísimos. Porque allende de tener en cada pueblo sus templos, que los españoles llaman allá santuarios. Tienen fuera del lugar, asimismo muchos, con grandes carreras y andenes, que tienen hechos desde los mismos pueblos a los mismos templos. Tienen sin esto infinidad de ermitas en montes, en caminos y en diversas partes. En todas estas cosas de adoración tienen puesto mucho oro y esmeraldas. Sacrifican en estos templos con sangre y agua y fuego de esta manera: con la sangre, matando muchas aves y derramando la sangre por el templo, y todas las cabezas dejándolas atadas en el mismo templo colgadas. Sacrifican con agua así mismo, derramándola en el mismo santuario y echando ciertos sahumerios. Y a cada cosa de estas tienen apropiadas sus horas, las cuales dicen cantadas. Con sangre humana no sacrifican sino y en una de dos maneras: la una, que es, si en la guerra de los panchas, sus enemigos, prenden algún muchacho que por su aspecto se presuma no haber tocado a mujer, a éste tal, después de vueltas a la tierra, lo sacrifican en el santuario, matándolo con grandes clamores y voces.

La otra es, que ellos tienen unos sacerdotes muchachos para sus templos, cada cacique tiene uno y pocos tienen dos, porque estos están muy caros, que los compran por rescate en grandísimo precio.

Llámanles a estos mojas. Van los indios a comprarlos a una provincia que estará treinta leguas del Nuevo Reino que llaman la Casa del Sol, donde se crían estos niños mojas. Traídos acá al Nuevo Reino, sirven en los santuarios como está dicho; y estos, dicen los indios, que se entienden con el sol y le hablan y reciben su respuesta. Estos que vienen siempre de 7 a 8 años al Nuevo Reino, son tenidos en tanta veneración que siempre los traen en los hombros. Cuando estos llegan a la edad que les parece que pueden ser potentes para tocar mujer, mátanlos en los templos y sacrifican con su sangre a los ídolos; pero si antes de esto, la ventura del moja ha sido tocar a mujer, luego es libre de aquel sacrificio, porque dicen que su sangre ya no vale para aplacar los pecados.

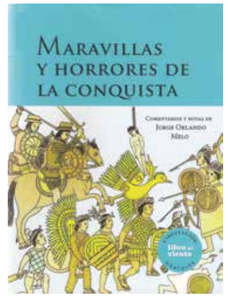
Antes que vaya un señor a la guerra contra otro están los unos y los otros un mes en los campos, a la puerta de los templos, toda la gente de la guerra cantando de noche y de día, si no son pocas horas que hurtan para comer y dormir, en los cuales cantos están rogando al sol y a la luna y a los otros ídolos a quien adoran, que les dé victoria. Y en aquellos cantos están cantando todas las cosas justas que tienen para hacer aquella guerra. Y si vienen victoriosos, para dar gracias de la victoria, están de la misma manera otros ciertos días, y si vienen desbaratados, lo mismo, cantando como en lamentación su desbarato.

Tienen muchos bosques y lagunas consagradas en su falsa religión, donde no dejan cortar un árbol ni tomar un poco agua, por todo el mundo. En estos bosques van también a hacer sus sacrificios y entierran oro y esmeraldas en ellos; lo cual está muy seguro que nadie tocará en ello, porque pensarían que luego se habían de caer muertos. Lo mismo es en lo de las lagunas, las que tienen dedicadas para sus sacrificios, que van allí y echan mucho oro y piedras preciosas que quedan perdidas siempre. Ellos tienen al sol y a la luna por creadores de todas las cosas, y creen de ellos que se juntan como marido y mujer, para tener sus ayuntamientos. Además de estos, tienen otra muchedumbre de ídolos, los cuales tienen como nosotros acá a los Santos, para que rueguen al sol y a la luna por sus cosas. Y así, los santuarios y templos de ellos está cada uno dedicado al nombre de cada ídolo. Además de estos ídolos de los templos, tienen cada indio, por pobre que sea, un ídolo particular y dos y tres más, que es a la letra lo que en tiempo de gentiles llamaban lares. Estos ídolos caseros son de oro muy fino, y en el hueco del vientre muchas esmeraldas, según la calidad de oro en su casa, tiénelo de palo, y en lo hueco de la barriga pone el oro y las esmeraldas que pueden alcanzar. Estos ídolos caseros son pequeños, y los mayores son como el codo de una mano. Y es tanta la devoción que tienen, que no irán a parte ningún, ora sea a labrar a su heredad, ora sea a otra cualquier parte, que no lleven en una espuerta pequeña, colgado de brazo. Y lo que más es de espantar, que aun también su ídolo, especialmente en la provincia de Tunja, donde son más religiosos.

En lo de los muertos, entiérranlos en dos maneras: métenlos entre unas mantas muy lindas, sacándoles primero las tripas y lo demás de las barrigas, y echan en ellas de su oro y esmeraldas, y sin esto les ponen también mucho oro por de fuera, a raíz del cuerpo, y encima todas las mantas liadas, y hacen unas como camas grandes, un poco altas del suelo, y en unos santuarios, que solo para esto de muertos tienen dedicados, los ponen y los dejan allí encima de aquellas camas, sin enterrar, para siempre; de lo cual después no han habido poco provecho los españoles. La otra manera de enterrar muertos es en el agua, en lagunas muy grandes, metidos los muertos en ataúdes, y de oro sí tal es el indio muerto, y dentro del ataúd el oro que puede caber, y más las esmeraldas que tienen puestas allí adentro del ataúd con el muerto, lo echan en aquellas lagunas muy hondas, en lo más hondo de ellas.

Cuanto a la inmortalidad del alma, créenla tan bárbara y confusamente, que no se puede, de lo que ellos dicen, colegir si en lo que ellos ponen la holganza y descanso de los muertos, es el mismo cuerpo o el ánima, pues lo que ellos dicen es que el que acá no ha sido malo sino bueno, que después de muerto tiene muy gran descanso y placer; y que el que ha sido malo tiene muy gran trabajo, porque le están dando muchos azotes. Los que mueren por sustentación y ampliación de su tierra, dicen que éstos, aunque han sido malos, por sólo aquello, están con los buenos, descansando y holgando. Y así dicen que el que muere en la guerra y la mujer que muere de parto, que se van derecho a descansar y a holgar, por sólo aquella voluntad que han tenido de ensanchar y acrecentar la república, aunque antes hayan sido malos y ruines. De la tierra y nación de los panches, de que alrededor está cercado todo el dicho Nuevo Reino, hay muy poco de su religión y vida moral que tratar, porque es gente tan bestial que ni adoran ni creen en otra cosa sino en sus deleites y vicios, y a otra cosa ninguna tienen aspiración. Gente que no se les da nada por el oro ni por otra cosa alguna, sino es por comer y holgar, especialmente si puede haber carne humana para comer, que es su mayor deleite. Y para este solo efecto hacen siempre entradas y guerras en el Nuevo Reino.

Fuente: Juan Friede, *Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, pp. 256 y ss.



Maravillas y horrores de la conquista
Comentarios y notas de Jorge Orlando Melo
Colección Libro al viento
2017

Al ir los españoles a buscar las minas de Muzo, las indias drogan con burundanga a sus captores (1537)

Lucas Fernández de Piedrahita

Determinados ya los españoles a seguir la demanda de las esmeraldas y no olvidados de que el Cacique de Bojacá, poderoso en vasallos, se había excusado de visitarlos, habiéndolo hecho todos los demás Caciques de la Sabana, salieron de la Corte de Bogotá y torciendo el viaje marcharon a Bojacá, poco distante, y apenas lo supo su Cacique cuando puesto en huida dejó la ciudad y vasallos al arbitrio de las armas extranjeras; con que los españoles, libres de oposición y mal contentos de los moradores, dieron a saco la ciudad, encontrando en ella grandes cantidades de mantas y túnicas de algodón, y tomando quinientos indios para cargueros, continuaron su jornada volviendo a seguir la derechamente por aquellas grandes poblaciones de Engativá, Techo, Usaquén, Teusacá y Guasca, admirados de ver dondequiera que llegaban infinita muchedumbre de naturales, cuyos Caciques y Gobernadores los salían de paz y recibían con ceremonias extrañas de respeto y urbanidad; y cuanto más penetraban la tierra, descubrían más poderosos pueblos que los referidos, como se reconoció más bien en el de Guatavita, donde se extremaron en recibirlos con dones y demostraciones amigables; porque imaginan los que una vez perdieron la libertad, que ó mudando el dominio mejoran de fortuna ó cortejando diferente dueño vengan su primer agravio: como si la opresión no creciera mientras se multiplican nuevos administradores de la tiranía. Juzgó nuestra España que agasajando a los romanos se desahogaba de los cartagineses, y doblóseles el yugo: recurrió a los Vándalos y Godos y quedó para destrozo de muchas naciones.

Ejemplo infeliz y más moderno puede ser Guatavita, Corte ilustre de Príncipes, cuya grandeza no cedía a Bogotá, y en la entrada de los españoles ciudad populosa, de gran fuerza de gentes guarnecida y habitada; y al presente por la mudanza de los dominios pueblo tan corto, que solo conserva las reliquias de lo que fue en el nombre, y poco más de ciento y cincuenta vecinos [...]

Poco se detuvo allí el campo español, pues al día siguiente, habiendo sesteado en Sesquilé, descubrieron a Chocontá, grande por su fábrica de casas y copioso número de vecinos, y aumentada con presidios como frontera de los Reinos del Zipa contra las invasiones del Tunja: pusiéronle por nombre la ciudad del Espíritu Santo, por haber celebrado en ella su pascua. Aquí sucedió un caso gracioso, aunque por lo extraño de mucho pesar para todos mientras ignoraron la causa; y fue, que en uno de los días que allí se detuvieron perdió improvisamente el juicio un soldado llamado Cristóbal Ruiz, con demostraciones tan furiosas, que causó general compasión y que se convirtió luego en miedo y asombro, viendo que al cerrar de la noche experimentaban el mismo delirio en otros cuatro soldados. Turbó este nuevo suceso grandemente el ánimo del General Quesada, y vacilando toda aquella noche en discurrir el motivo, la pasó desvelado, hasta que a la mañana supo que más de cuarenta soldados estaban también locos como los primeros: y aquí fue cuando, creciendo la admiración y el espanto, temió con los demás que fuese algún particular juicio de Dios en castigar aquel pequeño ejército con tan extraordinario azote, y más, viendo que cada hora crecía el achaque en otros muchos; pero templóse el temor a la noche y al día siguiente, con ver que iban todos cobrando el juicio, unos antes y otros después, conforme al tiempo en que lo habían perdido. Refiérelo así el mismo General Quesada al capítulo séptimo de su primer libro del compendio historial, donde añade estas palabras: "Y quedaron más locos que antes, pues andaban entendiendo en hacer tan gran locura como era arrebatar las haciendas que no les pertenecían y despojando gentes que vivían a dos mil leguas de España, lo cual pudieran justificar en mitad de la conquista, si quisieran tener paciencia para ello".

La causa de la dolencia pasada se originó de que las indias que iban violentadas en servicio de los españoles, echaron en la comida cierta yerba llamada tetec, y vulgarmente borrachera, que causa los efectos conformes al nombre que tiene, sin que pase a más daño que al referido; é hiciéronlo con el fin de poderse huir al tiempo que sus dueños estuviesen fuera de sí, como en efecto lo consiguieron muchas. Pero libres ya los nuestros del susto, y pasada la festividad, prosiguieron su marcha, y entrando por los términos del Zaque ó Rey, de Tunja, llegaron a Turmequé, no menos poblado y numeroso que Chocontá, porque poco distante de la Corte del Zaque y frontera suya contra el Zipa de Bogotá.

Fuente: Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reino de Granada*, capítulo II.

Datura, William Curtis. *Botanical Magazine* 1787-1839.

A la memoria del muerto

La tradición popular colombiana agenda para el mes de noviembre el recuerdo de los fieles difuntos. Si bien estos homenajes hoy en día se hacen discretamente, con ofrendas florales, visitas a las tumbas o misas y rezos fervorosos, a finales del siglo XIX y principios del XX la muerte de un ser querido era una buena oportunidad para ir a hacerse un retrato familiar.

A los ojos del siglo XXI, una foto con un muerto destinada a ser incluida dentro del álbum familiar o para mostrarla en las visitas resultaría grotesca y hasta increíble. Pero para las familias de principio de siglo XX, hacerse una fotografía con el difunto era un homenaje muy honorable, no solo porque era costoso sacar el registro visual, sino porque el recuerdo tangible de un acontecimiento era el único medio para guardar, entre otras cosas, su propia historia de alegría y dolor.

Retratarse con un difunto en su lecho de muerte o con niños sin vida —foto que por lo general incluía a todo el grupo familiar— pretendía dejar para la posteridad la imagen de la pérdida, lo que a su vez hacía parte del duelo para quienes recién sufrían esta pena. Fotógrafos como Melitón Rodríguez y Benjamín de la Calle retrataron este tipo de escenas que se conservan en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto.

Inés García y familia. Benjamín de la Calle, 1927.

Niña muerta de tosferina. Fotografía Rodríguez, 1923.

Construimos oportunidades con nuestras **comunidades indígenas**

Con Electrificación Rural, energía eléctrica para más de **420** familias de comunidades indígenas. Próximamente cerca de **900 nuevas familias** disfrutarán de este servicio.

36 jóvenes de poblaciones indígenas de Antioquia, se benefician con el programa de **Becas para la Educación Superior.**

Con la Gerencia Indígena de la Gobernación de Antioquia, **entregaremos 7 escuelas rurales indígenas** en Urrao, Murindó, Nechí, Ciudad Bolívar y Pueblorrico.

Construimos **290 viviendas para familias indígenas** en Apartadó, Turbo, Necoclí y Dabeiba, **con la madera** que ha cumplido su ciclo de vida alrededor de nuestros embalses.

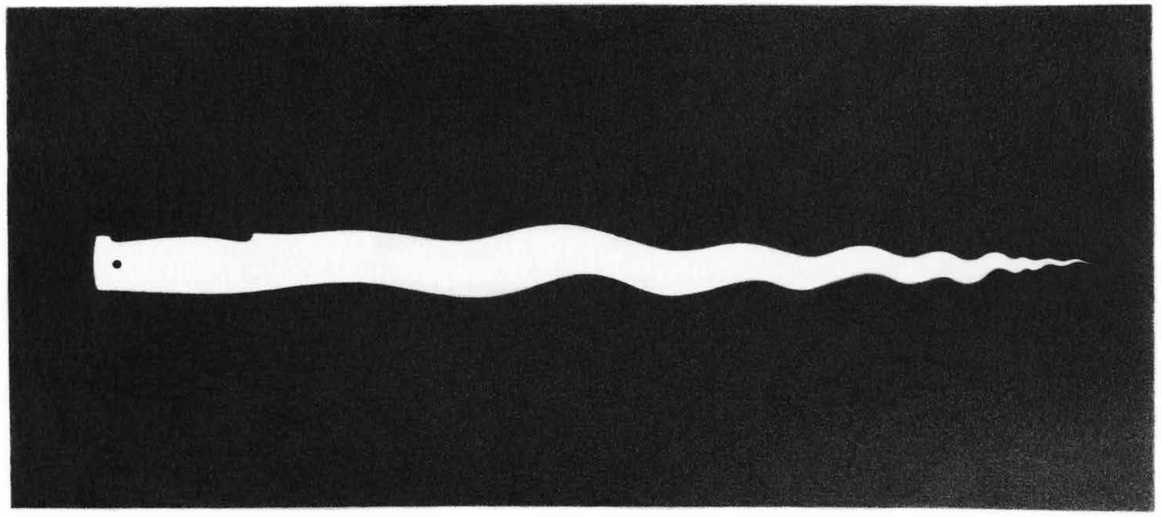
Más de **900 personas** tienen mejor salud gracias a las **soluciones de potabilización en las escuelas de las comunidades indígenas** de Frontino, Valparaíso, Jardín y El Retiro.

Vigilado Supervisión

Por ti, estamos ahí

epm®

Objetos que brillan en la noche



por SANTIAGO RODAS

Ilustración: Samuel Castaño

Para Yasser Alberto Murillo

A la final no te importa tanto, qué va, no te importa. Qué te va a importar: los problemas son lo de menos, manito. De todos modos te toca correr, es de noche y toca correr, ya perdiste feo. Pailas mopri, te dices. ¿Pies para qué los quiero?, te preguntas. Esas gonorreas me están persiguiendo, me están persignando con sus cuchillos, te dices. No son tus manitos, son todo lo contrario. Tus manitos te ayudarían, porque para eso es un manito. Estás solo, más solo que Messi en la selección, piensas. Ellos se te vienen en cocado, te respiran en la nuca. No son capaces de a uno, porque de a uno sí los vas atendiendo: mijo, cómo fue, vamos a *wiriar*, párese en esta raya que le dibujo con el machete, párese en esta línea invisible que le marco con este coso. Pailas, piensas. Vienen cinco y te están persiguiendo. *Wiriar* contra cinco es perder. ¿Y qué, por qué te persiguen? No importa, cucho. No importa, es lo de menos. Ya te descolgaste por el parque de San Antonio, escuchas la música de los tambores cada vez más pasito, tan solo pedazos de las canciones, *tricitas* de las notas: un zumbido. Los oídos se te tapan por el corazón que retumba adentro de las costillas gruesas. Casi se te sale el corazón de la ropa, de la camiseta que estás estrenando; escuchas los latidos, el traqueteo ahí dentro.

La música del parque ya se siente como si la fiesta fuera en otra parte, como si hubiera llegado la policía y la hubiera hecho apagar. Cinco pelagatos, vienen con cuchillos. Te tienen fichado. Jueputa ome, te dices. Bajas por el lado del puente peatonal hasta San Juan. ¿Para dónde agarro? Perros hijueputas, les dices con la mirada. Eres negro, y ellos también son negros. Cinco negros persiguiendo a un negro por pleno Centro. Todos con *ñalas* y chupa chupa y patecabras. Esa es la imagen que debe ver la gente, aunque hay tanta gente que no hay nadie, nadie ve nada, nadie se mete en las cosas de los negros. ¿Quién se va a meter con cinco negros para impedir que le entren cuchilladas a otro negro? Piensas. Ya te duelen los pulmones de la carrera. Te duelen los pies, te duele la mano de empuñar duro el machete que traes en la derecha, la mano buena, en la que está la puntería. Este machete es lo único que tienes y no lo sueltas ni por el putas. Te va a tocar es volverte el diablo y hacer cosas del diablo.

Subes rápido, agitado, por la bocacalle te alejas de la avenida y te metes entre los barrios, a ver si despistas a esos malparidos. Por acá me les pierdo, por acá no conozco y me pierdo yo también. Debajo del puente ves varios hombres que viven en la calle, y te da envidia; te gustaría estar así como ellos, sentados mirando gente, sin embolates, sin preocupaciones, fumándose sus cosos y viendo los carros y el desfile de San Pachito que acaba de pasar por acá. Sobre todo envidias su posición estratégica para ver a esas negras y a esas morenas bien buenas. Meras cosotas, meras cositas, con esa bola a punto de estallárseles, bien dura, te dan ganas de silbarles, ahí sentado en la manga, decirles, gritarles: Hey, mami, cómo fue, cuándo me lo va a dar pues, por qué tan remilgada, cuándo se va dejar invitar a la casa pa que nos veamos una cintica que tengo en DVD, mera historia, hay un man que rescata a una princesa pero luego resulta que la princesa es un monstruo al que le salen un manado de chuzos por todas partes, el man primero se asusta, pero después no le importa y así se van a vivir juntos y tienen como doce hijos. Negra, cuándo se va dejar llevar para la selva para decirle cuantos pares son tres moscas, ¿cuándo, negrita morena? Quieres decirles en el oído a cada una de ellas: Huy, negra, no se *asare*, que si usted tiene marido yo no soy celoso, negra.

Pero nada, no te puedes poner a pensar en chimbadas, porque los negros ya te vieron subir por San Juan. Negros carechimbas, me tienen en la mira. Corres por la avenida y ves varios talleres de mecánica. Si te metes en uno de esos talleres los negros te ven y ahí sí no te salva ni la Virgen de Atocha. Ay niño. Nada. Subes por tremenda loma, mejor, casi trepas. Ves un colegio, pero está cerrado: claro hoy es sábado. Nadie es tan güevón para estudiar los sábados en la noche. Los sábados son para cosas chimbas, no para andar corriendo como un quemado ni nada de eso.

Estaría bueno irme a bailar los vallenaticos nuevos que son los buenos para entrar en calor, para hablar con las hembras, y luego solo *trap*. Pero nada de hembras. Concentración. Si no me les salgo a estos perros que me persiguen, nada de vallenatos ni *trap* ni de hembritas ni de piecita caleta ni nada.

Recuerdas cuando corrías todo chinga y apostabas, con tus manitos de la misma edad, a que el último que llegara le tocaba comerse un tarrito de kolyno entero, de una sola tacada, que se robaban de cualquiera de la casas. Qué caja esa época, era cuando todo era bueno. El manito que se tragaba el kolyno quedaba con los ojos que se le salían del ardor y todos tirando caja y riéndose del manito hasta que se caían de la risa porque al manito le empezaban a doler las tripas y salía pitando para la casa a ver si se sacaba el kolyno del estómago.

Escuchas una música, una música que crees es de blancos: rock, sí, eso escuchas, y te vas a buscar el origen de esa música. Suena duro, como si fuera un concierto. Si es un concierto debe haber mucha gente, piensas. Entre la gente sí te camuflas y te relajas y te haces el blanco, escuchando música de blancos. Pito, qué, dices. Mero gentío ves al fondo. Acá fue. Mero cocado de gente allá al fondo, piensas. Voy pa allá, sin mente y así me les desaparezco a estas chandas. Te chocas con varios que te miran y te reparan, sobre todo reparan en el machete en tu mano, dicen: Este loco qué ome. Pero sigues clavado, pagando escondite a peso.

Ya no ves a los negros, ya no les ves los filos en sus manos. Te adentras entre el gentío y está bien oscuro. Hay una tarima y una mujer que canta una música sabrosa y le salen luces de colores por detrás en el escenario. No es la música de blancos que pensabas. Bueno, la verdad es que no sabes si te gusta o no, porque tienes la cabeza a mil. Puro martilleo en la sien. Mil es poquito. Caes en cuenta de que esto es un cementerio, es o fue, porque hay un montón de huecos a los lados, pero vacíos, un viajado de tumbas alrededor, tienen velas prendidas, un montón de velas como las de diciembre, una en cada uno de los huecos. Lees un letrero grande que dice: Nada justifica el homicidio, y abajo: Nocopio. Yo no copio de nada, niño, yo voy es para adentro, te dices.

Atraviesas un reguero de gente, de música, de colores. Piensas en que si te subes a la tarima estarás a salvo. Me subo y corono. Sigues remando entre la gente, a ver si logras salir de la muchedumbre que baila, que canta, que mira las luces de las velitas en las tumbas. ¿Cómo vine a dar a un cementerio? Piensas. La música, manito, la música, te respondes. Sientes un ardor en la espalda y de inmediato un sabor a cobre en la boca. Tienes sed, por la carrera, te convences. Te tocas y no ves nada. Miras hacia atrás y ves un barullo, un revolcón, un viaje de gente. Los negros te han visto. Los ves a los ojos. Tienen ojos de hambre, ojos de perros con hambre. Pirobos, me pillaron, perros, me pillaron. Qué va hijueputas, gritas. Ya no tienes el machete en la mano, se perdió. Algunos que no conoces te cubren y no dejan que todos los negros que te persiguen te alcancen. Sientes que te vas. Sientes que se te van las fuerzas, debe ser el cansancio y la sed. La música se para y un silencio sucio se adueña de las cosas por un momento. Los negros ahora corren, se alejan. Ves que salen del cementerio como si hubieran visto un espanto. Perros malparidos, si tuviera el machete otro gallo cantaría, me los *wireo* de a uno, manito. Perros, masticas. El silencio se vuelve como un trapo mojado que cubre las cosas. Te dejas caer para descansar. El piso está fresquito. Escuchas voces y murmullos, pedazos de palabras, como si la realidad estuviera en cámara lenta. Ya no hay música. Sientes que te levantan entre varios, que te llevan cargado, que te transportan como cuando jugabas con tus manitos y cargaban a alguno para tirarlo por un barranco o un precipicio, para que cayera en un tierrero y después había que correr para que el manito todo enojado no le pegara a ninguno de tus otros manitos.

Sales del cementerio en hombros. Ves las luces en los nichos de las tumbas, ves las velitas, como si fuera diciembre. Qué chimba diciembre, manito. Piensas en los globos que tiras con tus manitos en diciembre, piensas en los globos que se elevan, en la música, en tus manitos, piensas que te gustaría volar igual que un globo.

Yasser Alberto Murillo 2000-2017
Retrato a lata
Cementerio San Lorenzo
Santiago Rodas y Nino

Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

Fernando González, narrador

Qué humor, qué oído para el lenguaje, para el habla (…) Quizá el mayor humor sin estridencias de Fernando González (…) Justamente la vida, arroyos, ríos de vida. Donde quiera que Ud. toca: vida.

Thornton Wilder, sobre *Don Benjamín, jesuita predicador,* novela (o lo que sea) de F. G.

Hace muchos años, unos cuantos ociosos pusimos sobre el tapete un ocioso tema, cuál era el mejor escritor colombiano. Se vivía ya en pleno gabismo, pero Benjamín Botero (q.e.p.d.) y este cronista se decidieron por Fernando González.

Oficiábamos, como todos, en el culto a Gabo, pero, parodiando al poeta Pombo, optamos por oráculos más altos. Al menos, por uno. No nos referíamos, creo, al autor de esa obra magnífica, larga confesión de agonías, de búsquedas, de hallazgos, de epifanías. Aludíamos más bien al simple y llano hecho de escribir; y me reafirmo: su sola manera de decir las cosas es tan bella como lo que dice.

Produce placer degustar esa habla fresca, rotunda, escueta, elocuente; un habla que no se propone ser hermosa, pero que lo es como ninguna otra, y fluye siempre, llena de burlas e improperios; pero también, y sobre todo, de amor.

Pues eso: por curiosa paradoja, la magnitud de ese *corpus* espléndido oculta un poco el brillo de su lenguaje. Para no entrar en complicaciones, lector, te remito a la revista *Antioquia* (referente en buena parte de lo que aquí se está diciendo), publicada por González a lo largo de varios años (1936-1945) y que en sabia hora editó en un solo tomo (en 1997) la Universidad de Antioquia. Del estupendo prólogo de Alberto Aguirre cito dos párrafos que me vienen a cuento; en uno opone al "lenguaje melifluo" de los escritores colombianos el "verbo descarnado" del envigadeño. En otro, se refiere así a su prosa: "Límpida, translúcida, de un sobrio hálito poético". Y concluye: "Es un deleite leer la prosa de Fernando González".

Quod erat demonstrandum.

Nota. Le robé el título de esta croniquita a Miguel Escobar Calle, quien, a propósito de *Don Benjamín*… enfatizó en esas páginas de González su vocación de narrador. Muchos aciertos debemos a Miguel Escobar, cuya obra, dispersa en prólogos, notas y conferencias, pide a gritos un libro. Editores no faltan.

CODA

En su espacio semanal de *El Colombiano*, Ernesto Ochoa Moreno dedica una columna al libro *Para leer a Fernando González*, al que juzga con justicia el más completo estudio sobre el pensamiento del filósofo de Otraparte.

Al final del bachillerato fui condiscípulo de su autor, Alberto Restrepo González, al que llamábamos "el envigadeño"; era un joven apacible y cordial, apreciado por todos. A ese aprecio se agregó un profundo respeto a raíz de un episodio en la clase de literatura en el que Restrepo demostró una dignidad y una entereza cuyo recuerdo nunca me abandona. Estas pocas líneas me impiden memorarlo como se debe. Tú te lo pierdes.

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER
Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Un individual sobre la mesa. Una oportunidad. Nada de comensales, solo la gente de adentro, la gente de las ollas o la bandeja. Conocer, probar, medir la temperatura. Servida la entrada y el plato fuerte de este número. Historias de un goloso que ya tiene un cuaderno de reservas.

Comer solo

por JUAN JOSÉ FERRO

Ilustración: Verónica Velásquez

Febrero de 2014
Restaurante Krolewskie Jadlo
Greenpoint, Brooklyn
Total: 12 dólares (dos de propina)

Llevaba dos semanas en la ciudad y no había encontrado donde vivir. Pasaba toda la mañana recorriendo cuartos en arriendo armado de una libreta donde asignaba un puntaje a cada lugar y dejaba una o dos anotaciones. "Baño demasiado iluminado", "calle del frente de asfalto oscuro", "los vecinos parecen felices". En la noche llamaba decidido a los *brokers*, quienes se reían duro de mi parsimonia para decidir. O no contestaban.

Idiomas desconocidos arrullaban el largo trayecto de regreso al barrio chino de Queens. Saludaba al primo de mi papá con el croquis blanco del sudor en la camiseta y en una cachucha que solo cambiaría cuando encontrara vivienda. En la noche me daba un baño (la mañana siguiente lo omitía, para no abusar) y pagaba la estancia jugando por horas con los niños de casa, más bilingües que yo. Madrugaba a continuar la búsqueda en internet y tomaba el metro como quien va resignado al trabajo.

Ese jueves iba decidido a aceptar lo primero que encontrara. Me servía el metro G, línea cuya frecuencia es capaz de impacientar al Dalai Lama. En el tren de pocos vagones iban más tatuajes que personas. En esos días el gusto mediano en el almuerzo era el único placer seguro del día. Ante el exceso de opciones me impuse un máximo de setenta pasos en cualquier dirección. A los 45 tropecé con el aviso escrito en tiza sobre un tablero portátil en la mitad del andén. Tras la puerta otro aviso mandaba al comensal a sentarse donde quisiera. Entonces me pareció una perogrullada y una grosería pero hoy, tras tantos *hosts* mandones, una enternecedora cortesía.

Lo primero que me dijo la mesera fue que no me podía sentar en esa mesa. Fue lo segundo, lo primero fue eso mismo pero en polaco. A mí me honró tanto ser considerado un potencial compatriota que decidí no ofenderme. La prohibición de hablar por celular fue lo tercero y también lo cuarto que dijo, su inglés torpe necesitaba repeticiones. Después fue todo amabilidad. Le pregunté por lo mejor de la carta. Se agachó sobre mi espalda y en vez de poner sus dedos en el menú me lo arrancó de las manos. Por los mismos diez dólares me traería lo mejor de la cocina de su país. Como entrada trajo un plato con tres masas fritas, dos rellenas de papa y queso y una de carne molida. Encima de la fritura se sostenían varios pedazos de cebolla encurtida. Se llamaban *pierogis*. Corrigió un par de veces mi pronunciación.

Volvió con dos platos fuertes. El mío, de forma ovalada, una torre de carnes sobre una cama de lechuga. El suyo una sopa espesa de color blanco y con obvio olor a leche. Con la punta de su cuchara señaló hacia el libro que su presencia me había obligado a cerrar (la ciudad todavía no me había convertido en un escéptico de las buenas maneras). Fui incapaz de inventar algo verosímil; era la autobiografía de un beisbolista. Hablamos mucho pero dijimos poco. Me contó que trabajaba en el restaurante mientras encontraba algo que hacer con su vida. Eso último si lo entendí perfecto; "no tengo afán". Yo sí lo tenía. Puse el plato vacío a un lado como lo habría hecho un mafioso. Entendió el mensaje y fue hasta una nevera minúscula al lado del bar. Según sus gestos el postre que yo tenía al frente no se lo servían al trabajador hambriento sino al inmigrante cuyo máximo triunfo consiste en ir al mismo restaurante de siempre, no preguntar por los precios y dejar buena propina. La propina que yo dejé también fue generosa, pues me tocaba camuflar mi incapacidad para acabarme el vaso del licor típico de su país que me habían servido como cortesía.

Volví al día siguiente por el libro pues lo había cogido sin permiso. Me tomé la sopa mientras ella cortaba en tajadas muy finas las salchichas y morcillas y masticaba la lechuga sin hacer ruido. Dijo que los viernes salía temprano. Al día siguiente me acompañó a mirar apartamentos. Su opinión me ayudó a decidirme por un sótano que, en una de esas raras compensaciones neoyorquinas, tenía de espacio lo que le hacía falta de luz solar. La semana siguiente la pasé entre mi nueva casa y su barrio. La dirección escrita al respaldo de la tarjeta de comensal frecuente, el undécimo almuerzo era gratuito, era la de un edificio de cuatro pisos. El amarillo brillante de las paredes en nada desentonaba con el naranja de la edificación vecina o el verde claro de la casa del frente. El balcón protegido por una reja en rombos le bastaba a los hermanos de la mesera para vivir a gusto frente a las vías del metro. Entre las tablas roídas de la carrilera iba y venía el ancho mar.

Las semanas siguientes gastábamos su hora de almuerzo caminando. Sosteníamos por turnos la bolsa de papel llena de *pierogis*. Nuestras caminatas consistían en encontrar diferentes rutas para llegar al mismo punto; el puente que separa a Brooklyn de Queens. Veíamos a las personas remando en sus barcos individuales, bajo el caucho que oculta angustiantemente sus piernas. De vez en cuando el chef, quien se aburría a muerte en el restaurante que se había pasado una vida intentando fundar, nos sorprendía con un relleno exótico. El resto eran *pierogis* con algún defecto. Todo cuanto sé de los *pierogis* lo aprendí después, durante las semanas de vacaciones dedicadas a ver día y noche un canal de cocina, no precisamente una buena época. Siempre me ha resultado incomprensible que ciertas personas se aguanten a una pareja aburrida o directamente idiota a cambio de acostarse con ella. Hoy me aguantaría a cualquier mujer si me recibiera siempre con esa bolsa que al puente llegaba trasparentada por la grasa, casi desecha. No era mi caso, de todas formas.

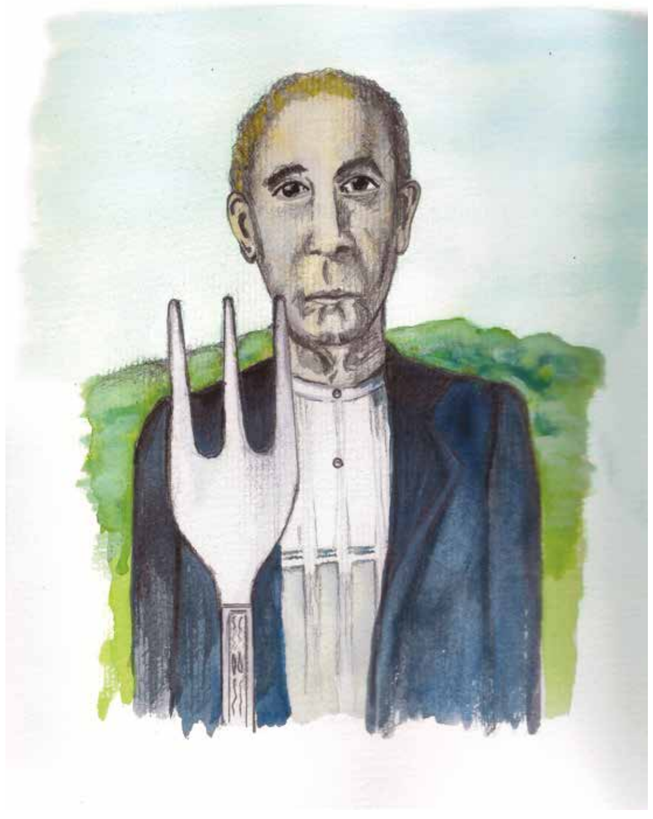
Celebramos mis primeros meses en la ciudad, era mi cumpleaños pero preferí callarlo, en un restaurante chino, muy cerca de donde había vivido por amabilidad de mis familiares. Pedimos pollo y pescado en diferentes salsas. Con el mismo tono con el que había dicho no encontrar nada especial en la fuerte explosión de picante, con su dosis de anestesia bucal, dijo que mejor dejáramos ahí. No era la primera vez que en vez de buscar un hombre de valía agarraba el primero y le asignaba mentalmente esa condición. Le salió muy fluido el discurso. Tras levantarse un poco de su silla y verificar que en el plato hondo solo flotaban verduras, llamó al mesero golpeando entre sí los palitos. Independiente de lo que se le pidiera, el tipo rellenaba nuestras tazas de juguete con un té más bien insípido a una temperatura volcánica. Se paró de la mesa antes de que yo pagara la cuenta y aprovechó para que el borde de su chaqueta golpeara la taza vecina de mi plato.

Me esperaba fumando frente a una panadería que visité semanas después. Nos servía la misma línea de metro. Me despedí con el educado movimiento de mano de quien intima por primera vez con un viejo compañero de trabajo. A ella le faltaba más de una hora de camino. Volví al restaurante la semana pasada para darme un gusto con el menú del almuerzo. Pregunté por ella. Estaba en licencia de maternidad. Pregunté si podía cambiar alguno de los tres platos por *pierogis*. Habían prohibido las sustituciones. Comí otra cosa.

Noviembre de 2017
Restaurante sin nombre
Parque de Cedritos, Bogotá
Total: 18 mil pesos (sin propina)

Dígale a su jefe que le suba cien pesos a la pizza y deje de joder. Le decía yo todos los días, me respondía siempre con un acento infantil que el paso de los días agudizaba. ¿No tiene una moneda de cien? Usted sabe que no cargo monedas. Es que ya se me acabó el vuelto, por lo menos un billete más chiquito. No, no tengo. Yo nunca tenía, aunque tuviera.

Al comienzo del año eran dos, ambas venezolanas, empequeñecidas por el mesón que las separaba de los clientes. Se turnaban la caja y hablaban apenas lo justo para atender en tándem a los clientes que compraban una pizza, a 4 900 sola, 5 900 con la gaseosa. Cuando no había clientes y las pizzas ya estaban en el horno, yo almuerzo temprano, mucho antes de que ese local minúsculo se llene de gente masticando de pie, cada una revisaba su celular tarareando los reguetones que sonaban sin descanso, a un volumen decente. Yo odio el reguetón y lo tarareaba con ellas.



Después de un festivo la otra no volvió. Renunció, respondió la más gordita a la pregunta sobre dónde estaba su amiga. Renunció, respondió a las demás preguntas. La ciudad pareció entender y un número importante de gente cambió la pizza por algo frito y amarillo. La venezolana se bastaba para ponerse un guante plástico y entregar el triángulo de cartón bajo la pizza. Se lo quitaba para poner en manos ajenas la moneda de cien pesos que la mayoría de gente perdonaba, yo solo un par de veces.

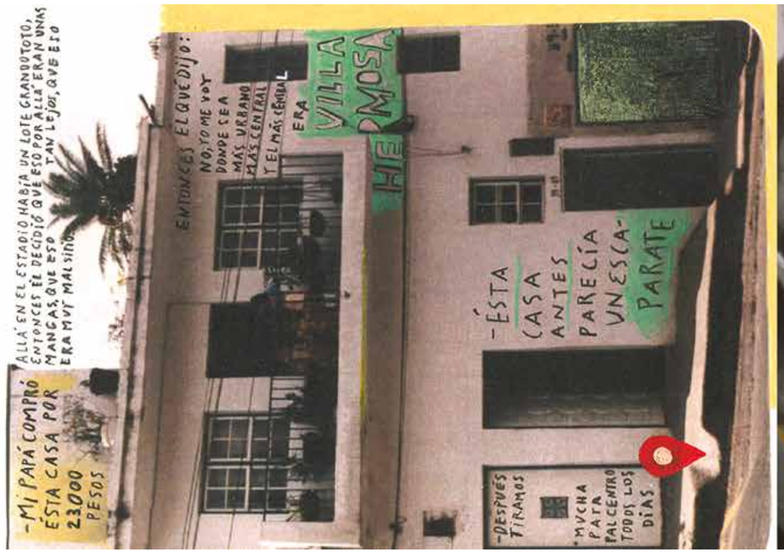
Muy triste lo de su país, le decía cuando era el único comensal, parado pues en el sitio no hay sillas. Y no todo sale en las noticias, decía ella muy de acuerdo conmigo en que no está bien que dos compartan un recinto y no se hablen, pero sin energía para entrar en detalles. Nadie le escribía a su celular el día en que me hizo una pregunta que yo llevaba varios meses esquivando. ¿Cómo va el trabajo? Bien, va bien.

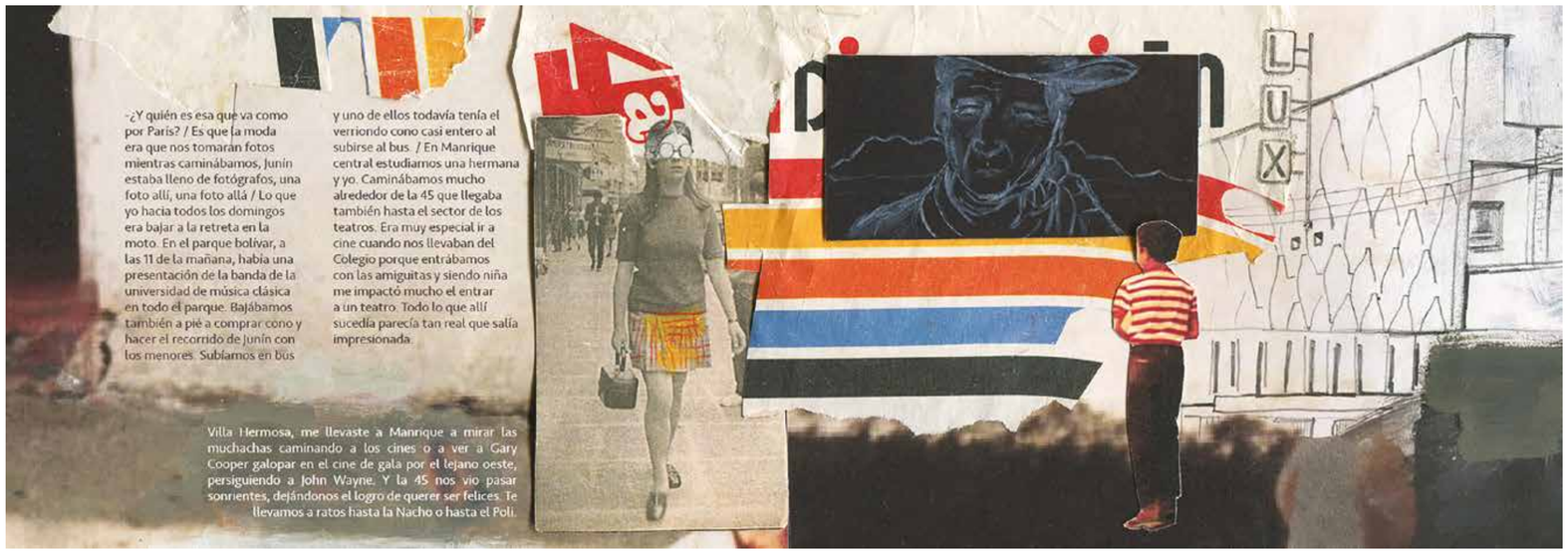
Un empleado de Twitter dedicó su último día en el trabajo a apagar por un rato la cuenta de Trump. Yo reuní ese mismo coraje para invitar a salir a la venezolana. Antes había armado, con una diligencia y un tacto nunca dedicado a tareas propiamente laborales, la mejor defensa contra el almuerzo de despedida pagado por mis colegas. Comer solo, el único propósito que me dura. Me dio su número de Venezuela para agregarla a WhatsApp.

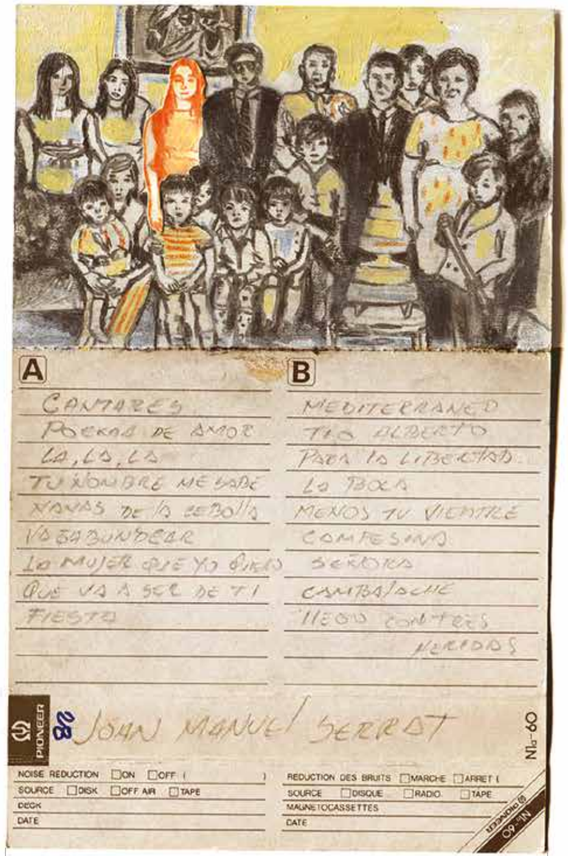
En el parque de Cedritos me contó que su jefe estaba pensando en cerrar el negocio. No le iba yo a decir en ese momento que me reincorporaba a la empresa. De lejos vimos a su antigua compañera, cosa poco sorpresiva pues en ese rectángulo de cemento estaban todos los venezolanos forzados a exiliarse en Bogotá, cada uno con su cachucha tricolor. A otros dos los había visto en el Transmilenio, incapaces de subir la voz lo suficiente para que todos los pasajeros se enteraran de los dos semestres de medicina faltantes para graduarse. Los venezolanos se reunían alrededor de unos treinta carritos con una plancha de metal encima de una bombona de gas donde asaban arepas delgadas de harina de maíz blanca. Harina PAN, qué nombre estúpido.

Pidió las dos arepas y fue a comprar las gaseosas en la nevera de plástico azul de una conocida suya que la estaba pasando muy mal de plata. Pagué las arepas para hacer algo distinto a mirarla de lejos y convertir en ufanía la lástima hacia tantos hermanos vecinos. Había pocos comensales colombianos. La misma necesidad pasaba de mano en mano antes de volver a la original. No me enteré a qué sabía esa primera arepa, ocupado en seguir el hilo de la larga historia que ella me contaba. Apenas al final me di cuenta de que era narradora y protagonista del drama. No poder ayudarle a encontrar un trabajo acorde con su preparación me convirtió, esa tarde fría de sábado, en víctima de un fracaso que muchas otras cosas no me han hecho sentir. Pedí otra, con adición de caraota. Así se come esa arepa, me dijo el vendedor. Masticada en silencio estaba muy buena. El dulce del plátano con la sal del queso y el sabor a tierra del frijol negro, pensé, justificaban un país, por inviable que fuera. Les tomó un par de minutos las disculpas por no poder venderme un tarro de esos fríjoles. A cambio me dieron un número de WhatsApp para los domicilios.

Acá no se deja propina, dijo mientras me volvía a meter el billete en el bolsillo del pantalón. Pensé que ninguna colombiana habría metido la mano entera. Pasamos la tarde juntos. Lo repetimos algunas veces, hasta que dejamos de ser menos desdichados juntos que cada uno por su lado. No la volví a ver, pero probé la arepa venezolana. Espero repetir. La traen a la oficina.

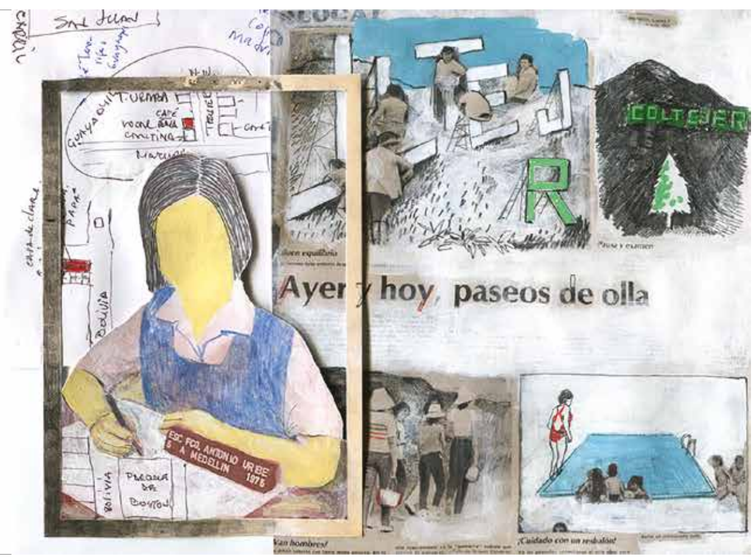






¿Y mi tía por que quedo así? / ¡Aimn, es que mal fotógrafo! la dejó por fuelle de la foto, entonces después tuvo que montarla y ve que esos brazos le quedaron todos largos. /¿Y a quién tapó entonces?/ Esa era una hermana one mi papá.

-Caminar, caminar y más caminar, no ve que íbamos caminando a la escuela o al colegio. / Nosotros estudiábamos en la mañana y en la tarde. Entre las 11 y la 1:30 nos mandaban a Sucre a pie a llevarle el almuerzo a mi papá y vuelva y suba a mil. Llevábamos marialuisas porque nos tocaba un trayecto largo de subida. Cuando llegábamos, una de mis hermanas mayores nos hacía bañar porque ella decía que no nos habíamos bañado por la mañana. / O sea otra mamá. / Yo no sé cuál era la obsesión de ella con la bañada. / Y es que a nosotros chiquitos de siete u ocho años nos mandaban hasta Guayaquil a comprar los huevos solitos al Tía o nos mandaban de a dos, uno ahora no es capaz de mandar un niño ni a la tienda./ La Normal de varones tenía piscina y era pública, y ahí me enseñó a nadar mi hermana. Íbamos en combito y a veces en vez de almorzar en la casa cogíamos una olla e íbamos a hacer el almuerzo a las mangas por los alrededores, subiendo toda esta loma hasta arriba y uno se metía en el bosque rápidamente. / En navidad nos íbamos a buscar el pino entre todos ¿y ahora quién sube a buscar un pino?/ íbamos a caminar al pan de azúcar, a la laguna /¿Nadie ha vuelto a subir por allá? Eso era lo más bacano que teníamos. /Pero eso ya está muy poblado y de ambiente maluco. / Y de ahí pa arriba salíamos por las letras de Coltejer hasta la laguna, otros iban a trotar, e hicimos un chocolate una vez y después repetimos el paseo para enterrar el perro.



Silvana Giraldo Herrera

Álbum de calle: Historias a vuelta de esquina

Proyecto ganador de la Convocatoria pública "Medellín de los 70, 80 y 90" del Museo Casa de la Memoria
Categoría: Creación Artística
2017

*Esta obra hace parte de **MEDELLÍN|ES| 70, 80, 90** del Museo Casa de la Memoria
Apertura en diciembre de 2017
Visítanos y participa en la construcción de memorias durante el 2018

universo centro Arte Central

La prueba reina

por GISELA POSADA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

El pequeño buda está sobre la mesa, la luz de la mañana aún es tenue en la ventana que da al occidente de Medellín. Ella se levantó desde muy temprano para atender la primera cita del día. Pacientemente pasa el algodón húmedo con alcohol por cada una de las cartas del tarot egipcio y se cerciora de que las imágenes de los veintidós arcanos mayores y 56 menores queden limpias. Todo está dispuesto: la cama matrimonial al lado de un escritorio donde hay fotos familiares y frases de *Desiderata*, San Marco de León y San Antonio —el que hace volver los novios—; estampas religiosas y coloridas bajo la superficie de vidrio. El buda permanece inmóvil sobre un cenicero de plata con monedas y billetes en su base; la virgen con un niño en brazos está iluminada con velones encendidos. En el dintel de la puerta la penca con cintas rojas y verdes, amarrada a una herradura. Los diplomas de parasicología, los inciensos, las velas, así como las campanas traídas de Indonesia, dan crédito de un oficio que ha ejercido durante toda su vida. Siendo niña, Reina soñó con adivinar el futuro; cumplidos los 18 años y con dos hijos a bordo y en embarazo del tercero, que sería mujer, aprendió a leer la baraja española, el cigarrillo y las líneas de la mano con una gitana en Dabeiba, Antioquia.

El teléfono gris de disco redondo no para de sonar. Desde muy temprano comienzan a solicitar turnos, preferiblemente separan la cita para los martes y los viernes, días en los que según advierte la pitonisa, se leen mejor las cartas y sale más de lo que necesita saber. A las siete de la mañana inician las jornadas que terminan a la media noche. Un dolor de cuello queda después de tanto usar los "poderes de la mente", dice, que solo se calma con cristales calientes de penca en la espalda y las papas recién cortadas en rodajas sujetadas por un pañuelo blanco a la cabeza. Un cansancio después de dedicar horas y horas a escuchar penas, secretos ajenos, desventuras, sueños imposibles. Una especie de radióloga de la debilidad humana.

Las lecturas del tarot las refuerza con los baños para la suerte. Los martes y viernes las botellas con las siete ramas están listas para completar las recetas sugeridas por la adivina. Ruda, albahaca, yerbabuena, limoncillo, botón de oro, romero y eucalipto, cocinadas todas juntas, son llevadas al toque final de la pócima con miel de abeja y citronela. Se debe echar por nueve días en el cuerpo y hay que repetir con los ojos cerrados la frase "Jesús de Nazaret así como entraste a Jerusalén a sacar el mal y entrar el bien, te pido que entres a mi cuerpo, saques el mal y entres el bien".

* * *

—¿Cómo estás, Reina? —le dijo Alonso.

La mañana inicia tras un tinto y algunas palabras. La visita fue creciendo en curiosidad, el cargo del consultante pendía de un hilo por orden del procurador de turno, el temido señor Ordóñez. Sin escoltas, el exalcalde de Medellín se sentó frente a doña Reina, separados por un escritorio y el fajo de cartas coloridas en el centro. Con sus manos blancas y las uñas pintadas de rojo, el tarot egipcio fue revelando una a una las imágenes, como si de una pintura se tratara. "Por su suerte, su porvenir, quién lo piensa y con quién triunfa… a su derecha…". Allí estaban la Torre encendida en llamas, la Parca en primer plano y una noche estrellada con perros aullando, la carta de los enemigos ocultos, fueron señaladas con el dedo índice de la adivina que abrió sus ojos y luego entre suspiros, gestos contrariados y énfasis en el tono, le dijo:

—¡Usted tiene muchos enemigos, pero muchos! Una persona muy poderosa, mire aquí la carta del Emperador, lo quiere es aniquilar, pero no se preocupe, todo saldrá adelante. Lo que se viene para usted es mejor que lo que está sucediendo ahora y las cosas estarán bien, mire aquí el sol venciendo el peligro y usted saliendo adelante de todos los obstáculos. A usted no le va a pasar nada, esté tranquilo.

A los tres días del encuentro inhabilitaron por quince años al exalcalde. En una llamada por teléfono llegó el reclamo.

—Oye, Reina, ¿no dijiste pues que a él no le iba a pasar nada?, le dieron inhabilidad.

—¿Y qué es inhabilidad? Yo no sé qué es eso y además en el tarot eso no sale. Yo estoy segura de que todo saldrá bien y que no tiene de qué preocuparse.

Al cabo de dos años, en el 2014, una decisión del Consejo de Estado retrocedió aquello que parecía irreversible, el exalcalde de Medellín restauró su dignidad y quedó exonerado de toda culpa.

* * *

En el parto, a su madre le pusieron los santos óleos, ya que peligraba su vida y la de la niña. La madrugada del 7 de diciembre de 1938, con la luz de una vela, la partera recibió a Reina Mejía, la primogénita de Sofía Mejía. Y aunque a su padre nunca lo conoció, lo trae a escena cuando recuerda que este emprendió un viaje de tres días por trocha y a caballo para verla. En ese tramo al parecer se comió una lata de sardinas con fecha vencida y murió. "Soy hija natural", dice, y hace énfasis en que Luis Eduardo Salazar, su padre, un hombre de buena familia, alto, blanco y de ojos claros, le dejó unas casas como herencia que le fueron arrebatadas por sus tías, quienes luego vieron cómo se esfumaron de sus manos tras una inundación en Guadalupe, Antioquia. "Fue como una maldición, como no fueron para mí, no fueron para nadie", sentencia.

A los 16 años se enamoró de un muchacho de barrio y los hijos vendrían como un milagro multiplicado, nueve en total. "Hubiera tenido veinte, treinta hijos, si hubiera podido. Estar embarazada era para mí la felicidad más grande del mundo".

Su voz es dulce y no ha perdido el brillo con el desgaste de los años. "Yo era maestra. Estudié pedagogía en la Escuela La Modelo, que quedaba por Bolívar —cerca al Hospital San Vicente—, antes se llamaba Pedro Pablo Betancur. Tenía doce años y me encantaba estudiar, lo que más me gustaba era Historia Patria y era muy mala para el dibujo. Recién casada y con mi esposo enfermo y hospitalizado, improvisé un kínder en la sala de la casa y todos los días recibía a los niños, les cantaba canciones y así les enseñaba las vocales y refranes, algunas veces los castigaba con dos piedritas en la mano hasta que se cansaran, pero ellos me querían…".

* * *

La mayoría de los días la casa está llena de clientas, solo algunos hombres se atreven a que les adivinen el futuro. Para ellas la lectura del tarot se ha convertido en necesidad biológica, el mundo no se mueve sin los consejos de la adivina.

A las primeras citas asistían mujeres que peligraban por ser amantes de los nuevos ricos del narcotráfico, y también otras que se disputaban un lugar entre los hombres de la mafia. Amanda Caro, por ejemplo, cabello corto y voz fuerte, manejaba directamente gran parte de los tratos, decidía y discutía de tú a tú con los grandes del negocio, como uno más. Una vez Reina la llamó para contarle que había soñado con ella, que su cabeza se había convertido en una cáscara de huevo que chocaba contra una pared y se volvía polvo. En medio de amenazas y huidas a media noche, Amanda tuvo que cambiar de residencia por ir más allá de los límites, donde hasta la propia sombra engaña; se encerró en un apartamento prestado y se dedicó a fumar y a leer revistas, con la esperanza de que la marea se calmara; una tarde que decidió sacar la cabeza para tomar un poco de aire en el pasillo del edificio, la esperaba un hombre que le apuntó en la boca y le vació completa la carga de balas que tenía.

Otra avezada y con cuero duro fue María Claudia Puerta, dueña de varias estaciones de gasolina. Se sintió con bríos para sobresalir en ese azaroso camino e intentó adueñarse de las rutas y de gran parte del personal de trabajo. Al quedarse con una mercancía y querer imponer sus propias reglas fue sometida a una muerte atroz: uno a uno le fueron arrancado los pelos de la cabeza, la piel del cuerpo y las uñas de pies y manos. El escarnio quedó claro para aquellas que buscaran compararse con los machos curtidos en el oficio.

Esas clientas patronas, las que asumían negocios por su cuenta, las que daban órdenes y eran truculentas, como los hombres curtidos en la trampa y el dinero fácil, fueron cayendo una a una. Ese efecto dominó fue afectando los ingresos de la pitonisa que logró equilibrar con la llegada de otras mujeres, "las de cuna", que la buscaban por la fama de la cual gozaba en Medellín. Por eso la casa de doña Reina siempre se caracterizó por tener un carro lujoso enfrente.

Una de estas mujeres fue Alicia Mejía, alta, de piel color canela, ojos grandes y expresivos. No usaba ropa interior y lo hacía evidente con sus largas batas transparentes. Fue la primera en abrir un centro de belleza en El Poblado; una casa finca con árboles frutales, totumos, mangos y nísperos. Muchas mujeres de clase alta probaron allá las bondades del sauna, el turco y los masajes con mascarillas para la piel; complementados con alimentos como pan integral, miel de abeja, ajonjolí y jugo de naranja. Desnudas comenzaban a parlotear mientras se embadurnaban con barro y arcilla. Alicia era la expresión de un nuevo *marketing* en ascenso, con su cuerpo saludable y la viva prueba de todos los beneficios que decía ofrecer. Casi siempre llevaba su cabellera suelta y desordenada, una llamarada roja. Una vez Reina la esperaba para su infaltable cita de los martes en la tarde y ese día no paró de llover. Apareció en la puerta, con una sonrisa plena y el exquisito perfume que la distinguía, llegó con la cabeza rapada diciendo que era la última tendencia, que ello permitía crear un canal entre el universo y uno mismo y que el cuerpo era el vehículo para purificar todas las energías. Algunos años después, Alicia tuvo una crisis económica que la obligó a buscar horizontes fuera de Colombia. Le pidió a Reina que cuidara por tres meses a sus dos hijos adolescentes, mientras ella regresaba, ya que sus parientes le habían dado la espalda. Un domingo llegaron a la casa de Reina los dos muchachos, con maletas gigantes. Durante ese tiempo trastornaron la cotidianidad del barrio y les enseñaron a los pelaos de la cuadra a montar en bicicleta y a bailar *Brillantina*. Les regalaron camisetas, pantalones de marca y tenis que jamás habían visto. Se fueron mezclando con esa vida de barrio tan distante de la suya, y tres meses después se despidieron con lágrimas.

* * *

La casa de Reina siempre fue un centro de atracción en el barrio Manrique, no solo por el oficio que ejercía y la fama adquirida, sino por su alegría y carisma.

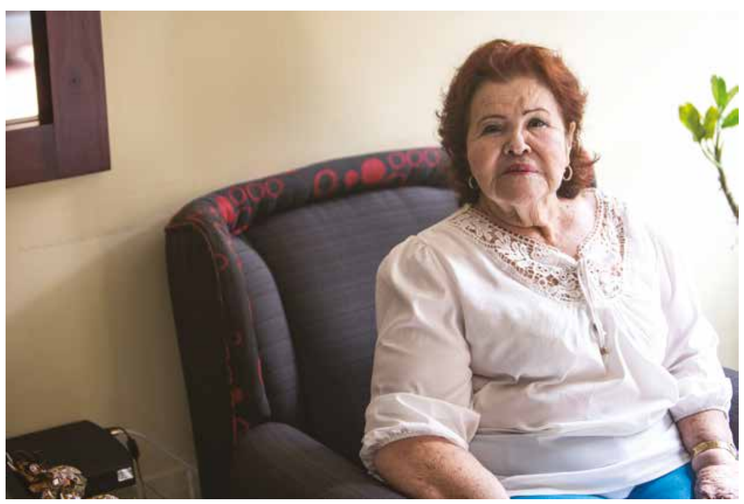
Por azares de la vida esa mujer que le pronosticó una suerte tardía a un exalcalde de Medellín, era la misma que treinta años antes le vaticinara el destino a Pablo Escobar. Llegó a la casa de ese hombre que en los inicios se ganaba la vida vendiendo chance y le dijo: "Usted va a tener muchísima plata, hasta para tirar para arriba, pero ese dinero será su muerte, su perdición". La carta de la Fortuna, que significa riqueza, salió al lado de la Torre, una de las cartas más temidas. En esos momentos Pablo Escobar no le creyó. La tía, como la bautizó para despistar a los curiosos, terminó frecuentando muchas veces al capo. Se encontraban en hoteles, en casas de amigos, en restaurantes, en fincas. La consultaba y le hacía caso para moverse y actuar. Un día, estando en la hacienda Nápoles —esa pequeña África hecha al capricho—, Pablo Escobar le preguntó por teléfono por su seguridad y ella le dijo que debía salir, que los limosneros —como les decían en clave a los policías— lo iban a coger. Inmediatamente atendió la advertencia, huyó por el río y se resguardó en Medellín.

"Un día envió una persona que me sacó a empujones de un velorio, diciéndome que él me había mandado a llamar, que debíamos salir", cuenta Reina, "a la hora hubo una balacera tremenda y mataron a mucha gente, sin respetar siquiera al muerto en mitad de la sala". También recuerda una novia joven y muy bonita que Pablo tenía: "Estuvo en mi casa y me dijo: 'estoy saliendo con un guardaespaldas de Pablo, me tiene loca y estoy muy enamorada'. Yo le dije: 'No te pongas en esas, recuerda que Pablo es muy celoso, tanto de sus rutas como de sus mujeres… aquí sale que te va a pillar'". Meses después la encontraron a ella y a su amante en la maleta de un carro.

* * *

La mirada de Reina es juguetona, sus gestos conservan la vitalidad de una infancia añeja. A sus 79 años y con dolencias en una rodilla, después de una prótesis mal hecha, no se deja bajar de pinta: se maquilla, se arregla el pelo y por lo general se tintura de rubio; usa ropa fina, lleva siempre las uñas arregladas y sandalias brillantes. Pero ni ella ha podido escapar de sus sentencias. Descubrió la propia fatalidad el día que se leyó las cartas junto a un amigo y vio cómo iban apareciendo imágenes como la Torre y la Reina de Espadas que en el tarot, cuando aparecen juntas, significan un peligro inminente. Con estupor le dijo al hombre de estatura media, piel blanca y ojos maliciosos y pequeños: "Qué extraño Germán, veo que me van a secuestrar y la persona que está detrás de todo esto sos vos; no puede ser, vas a ayudar para que me amarren, saldré enredada en algo que no sé qué es, qué susto". Efectivamente, dos días después fue sacada de su casa con la disculpa de un trabajo a domicilio y de unos riegos que debería echarle a un negocio que estaba salado en la avenida Las Palmas. Estuvo cinco días perdida. Al regreso, con los estragos del pánico en su cuerpo, fue hospitalizada y obligada a reposar tres meses largos. Paulatinamente se adaptó de nuevo a la cotidianidad, espantando miedos y retomando la confianza en ella y en los demás.

Ahora Reina se mueve con dificultad, basta encontrarla tomando café con leche en la sala de su casa, vestida con una manta guajira, para ver esa especie de matrona que sostiene el bastón y se prepara para atender alguna clienta o algún curioso con ganas de saber qué le depara el destino. Tiene la capacidad de reírse de todo y de todos y hasta de sacarle chistes a la tragedia. Cuando recuerda los tiempos idos, las historias vuelven, reales y vivas, como cuando sentenció, sin miedo, los cambios en la vida de actores, políticos, cantantes, negociantes, profesores, sacerdotes, prostitutas y todos aquellos que pasaron la puerta. Singular destino ese de leerle el destino a la gente, saber qué les deparan sus deseos más íntimos; ese destino lo leyó a millares, cuando el dinero fácil se movía sin pudor por calles y bolsillos.



Un virus de la mente

por ROBERTO PALACIO

Ilustración: Señor OK

Me considero un ateo decente. He sido hasta ahora, al decir del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, uno manso, que no arguye con su suegra, que no carga en el bolsillo un crucifijo por si acaso, que ha dominado el pudor de cantar un villancico —incluso esos que parecen entonados por *castrati* criollos— y que no intenta convertir a otros, simplemente porque para un no creyente no hay algo a lo cual convertir. Y si lo hubiera, ¿acaso se puede ser más fanático que bajo la conversión?

El ateísmo no es mi religión en negativo.

Una de las figuras que más admiro no es un ateo manso —sí, los ateos podemos admirar, sentirnos asombrados, ser éticos y aun sentir el poder de la indignación—. El genetista Richard Dawkins es para muchos de los que no creemos un punto de referencia. No es el líder de nuestro culto, no le enviamos dinero que él le da a Satán, no le prendemos velas y ciertamente no tomamos su palabra por revelada sin la evidencia. Dawkins es eso; la falta de creencia personificada. Junto con Sam Harris, el fallecido Christopher Hitchens y Daniel Dennett son parte de una agrupación de ateos que ante la arremetida del fundamentalismo, no han tenido reparo en ponerle la cara a los fanáticos. Para ellos los moderados tampoco se salvan: los que defienden versiones aparentemente inocuas de las ideologías religiosas son tan peligrosos como los anteriores al crear un clima de tolerancia que a menudo se expresa en frases como: "¡…pero no todos los jihadistas son terroristas!". ¿Acaso hay nazis queridos y amables?

Por eso, la fe religiosa no debe ser tenida por un expediente que amerite un respeto sacro. Es tonto provocar a gente tan peligrosa, he oído decir. Con el mismo argumento las mujeres no deberían usar ropa erótica porque los violadores no saben controlarse. De este punto parto en este artículo y del mismo parte Dawkins en su libro emblemático sobre el tema publicado en 2016, *El espejismo de Dios*; el sagrado derecho a decirle a otros cosas que quizá no les gustan.

¿Se necesita evidencia para declarar el absurdo de la religión? Si uno no pretende rechazarla bajo otro acto de fe, es preciso buscar pruebas. Esta es la que ofrece Dawkins. Comencemos con la imagen más sencilla: algo que muchos hemos visto en el campo abierto con una linterna o una vela. No es inusual que una polilla aparezca de la nada y de manera suicida se lance contra la llama. Es un comportamiento extraño. A un biólogo genetista como Dawkins ha de interesarle. No se trata, claro, de un "gen kamikaze"; la evolución no hubiese dejado pasar algo con un valor de supervivencia negativo. Se trata más bien de algo que se coló, que venía atado a un comportamiento que sí servía. La polilla evolucionó en un ambiente en el que las luces artificiales eran inexistentes. Su ojo está diseñado para hacer un ángulo de treinta grados con la luz de la luna y volar en línea recta. Cuando las fogatas de los humanos aparecieron, lo que hicieron las polillas, siguiendo su programación, fue describir una elegante espiral que convergía al centro de la llama atendiendo a ángulos de treinta grados en consonancia con los rayos de luz recibidos. Este tipo de error se llama subproducto evolutivo, y muchos de ellos son lesivos, perjudiciales o abiertamente mortales, como el descrito.

La religión es un subproducto también; a menudo igual de lesivo, perjudicial y hasta mortal como lo constatan los atentados asesinos. ¿De qué habilidad es un subproducto la religión? Si se mira la manera en que evolucionó el cerebro, es notorio que la selección natural favoreció la credulidad por encima del escepticismo; los niños a cierta edad creerán lo que se les diga, sobre todo si lo dicen los adultos en una voz grave, a la luz de la fogata, para usar la expresión del filósofo evolucionista W.V.O. Quine. Los niños que sobrevivieron en el arduo proceso de selección natural fueron los que creyeron ciegamente las palabras de los mayores que aseguraban que en la cueva había un oso. Los niños curiosos que descreyeron y se aventuraron en la oscuridad no vivieron otro día para dejar como descendencia eventual más niños incrédulos. Pero quien confía a menudo no tiene forma de reconocer entre el buen consejo y el que resulta absurdo. En efecto, sustitúyase al oso por un patriarca en el cielo y se tendrá el origen de varias religiones. Es así como los humanos somos propensos a atribuir inteligencia incluso allí donde solo hay materia y sombras: al sol, al cielo, a los monstruos imaginados en el armario.

No solo de la credulidad se deriva la religión. Otros módulos mentales o formas de ser de nuestra cognición pueden tener relación con su origen. El filósofo Daniel Dennett ha sugerido que la religión es un subproducto de los mecanismos irracionales que fueron construidos por la selección natural en el cerebro para enamorarnos. Y en efecto, la fe religiosa se parece mucho al enamoramiento. Para usar las palabras de Konrad Lorenz, la religión bien puede ser el funcionamiento en el vacío de otras habilidades que originalmente tenían que ver con encontrar una pareja. El amor por dios se asemeja mucho a ese apego pasional. Considérese la visión orgásmica de Santa Teresa de Ávila (1515-1582) en su biografía: "Vi que tenía en sus manos una larga lanza de oro. Clavó esta en mi corazón varias veces, con tal fuerza que penetró en mis entrañas. El dolor fue tan severo que varias veces me hizo murmurar quejidos, y aun así el dolor fue tan sobrecogedoramente dulce que uno no podía desear que cesara".

Pero como tantas otras explicaciones evolucionistas, la idea de un subproducto da noticias de la religión, pero no de las especificidades de la creencia religiosa, de por qué convergen muchas religiones y de cómo a menudo se centran en lo absurdo. Para ello, Dawkins regresa a una vieja idea que había propuesto en 1976 en *El gen egoísta*, cual es la de los memes. En efecto, la idea de meme fue acuñada por Dawkins. A pesar de que los organismos individuales nacen y mueren, los genes pasan de generación en generación manifestándose en sus "huéspedes" de diferentes maneras; piernas largas, una mano con cinco dedos o algunos comportamientos tan propios de los humanos como el temor y la curiosidad. Para seguir su camino, deben valerse de un cuerpo que los replique: un mono es una máquina de preservar genes en las copas de los árboles, un pez en el agua, un virus es una máquina ingeniosa que usa otros cuerpos. Pero los genes no son los únicos tipos de unidades que se replican. También están los memes, tendencias e ideas que se diseminan por medio de la cultura, y de los cuales son ejemplares los chistes que anidan en nuestros teléfonos. Los memes también necesitan mecanismos que los multipliquen. Como la célula replica un gen, el cerebro replica memes. De hecho, el cerebro es un estupendo replicador. Su función principal de acuerdo con Dennett es replicar la realidad y proyectar nuestros patrones de acción sobre ella. Nada le cuesta replicar pequeñas piezas de información, como lo podrá constatar cualquiera al que se le pegue una canción.

Ahora bien, así como las cadenas de información sueltas, como los virus por ejemplo, usan el mecanismo de las células para replicarse incluso dañando a su huésped, hay memes lesivos que usan los cerebros para multiplicarse de manera deletérea contra su poseedor. Tal es el caso de la religión. Ella es, en todo el sentido de la palabra, un virus de la mente. Y así como los virus han programado en nosotros mecanismos que aseguren su diseminación —los estornudos son un código puesto en nuestro ADN por virus para asegurar su pasaje a otro organismo—, los memes habiendo infectado a su huésped lo conminan a lo que Hubert Schleichert llama "la labor del pastor"; a diseminar, a esparcir. Es por ello que los cristianos hacen tanto énfasis en transmitir, divulgar la palabra, y los católicos renacen con la palabra de dios y los Testigos de Jehová nos estropean los domingos timbrando en la puerta para llevar la palabra hasta la sacralidad de nuestras cobijas.

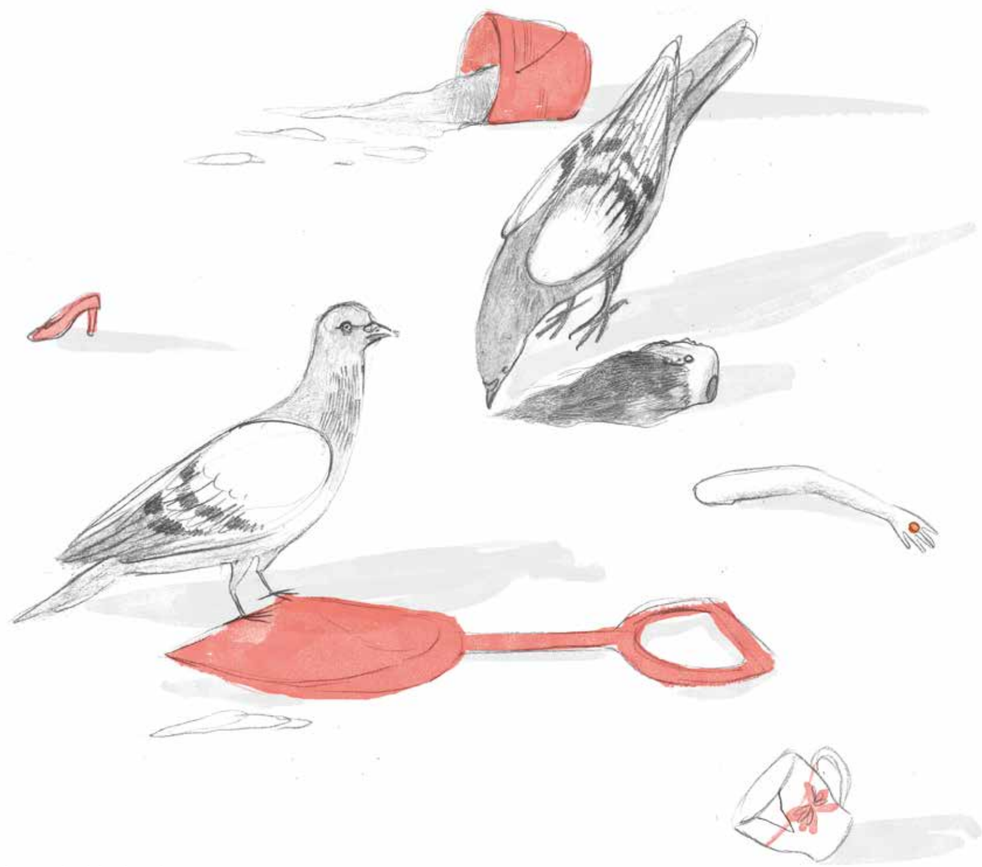
Para Dawkins no son estas meras analogías. El estudio de la religión y de cómo se disemina es una tarea para la epidemiología. Porque la religión pasa de una mente a otra como una infección en la que no juega ningún papel la racionalidad. Tiene sentido, la mente de un fundamentalista se asemeja en mucho a un organismo infectado, siendo de especial dificultad su curación. ¿Cómo más se explica que "(…) un grupo de jóvenes henchidos de adrenalina pero incapaces de tener una mujer en este mundo se hayan tragado la idea de tener setenta y dos vírgenes privadas en el siguiente mundo?", según dijo Dawkins el 15 de septiembre de 2001 en el periódico inglés *The Guardian*.

No parece accidental el hincapié que hace la religión en poder creer dogmas contra toda evidencia. En el mundo hay un equivalente de ese atrevimiento a llevar las cosas hasta la inadecuación: las plumas de la cola del pavo real resultan tan pesadas y atrayentes que lo exponen a los predadores. El pavo pareciera decirle a sus parejas: "Mira lo fuerte que soy, tanto que puedo arrastrar esta cola pintada de colores iridiscentes". De igual manera, el creyente parece sugerir: "Mira lo buen creyente que soy; puedo creer que una virgen parió a un hijo, que tres personas son una y una tres y que hay un momento de la misa en el que el vino realmente se convierte en sangre y el pan en cuerpo". Ya lo decía Tertuliano, el padre de la iglesia del siglo III, creo *precisamente* porque es absurdo.

Pero nuestro problema, el de los ateos, no es el de la creencia. No seccionamos el mundo de esta manera, no encontramos virtud en la fe. No podemos hacernos, al menos algunos de nosotros, con esas porciones del sentido común religioso que aseguran "cree y se te dará", o "tal o cual cosa no te salió porque no le pusiste fe", etc.

Tal vez con ello estemos más expuestos a tener que vivir con nosotros mismos, menos dispuestos a adoptar motivos de consuelo ante la muerte, la soledad y la esperanza. Lo admito porque me considero un ateo decente. Pero aun si así fuera, aun si la religión fuese la chispa de la felicidad, no dejo de pensar en un argumento del filósofo inglés del siglo XIX, John Stuart Mill, cuando preguntaba cuántos de nosotros, dejando de lado los molestos efectos de la cirugía, estaríamos dispuestos a que se nos practicase una lobotomía con tal de que con la porción de cerebro amputada se llevaran nuestra infelicidad. Decir que un creyente es más feliz que un no creyente viene a ser lo mismo que decir que un borracho o un loco con encefalitis son más felices que un hombre sobrio, nos recuerda Dawkins. Puede que sí, ¿pero quién querría estar bajo los efectos de un virus mental para poder contarse entre los dichosos?

Cosas de niños



por ANDRÉS DELGADO

Ilustraciones: Elizabeth Builes

Era una tarde calurosa, de cielo sin nubes y completamente azul. Las sombras de los árboles refrescaban la hierba, las bancas y los senderos de piedra en el parque. Caminaba con mis dos hijas. En cada hombro cargaba una mochila rosada: una con delfines estampados y la otra con osos polares. En ellas, su mamá había empacado juguetes y algunos dulces para el paseo. Las niñas estaban vestidas con *jeans*, camisetas y tenis, nada de vestidos delicados y zapatillas para cuidar. Me gustaba devolverlas sucias, o mejor, me gustaba que tuvieran la libertad de jugar tranquilas. Nunca viví con la mamá de mis hijas, pero por lo general salía con ellas cada fin de semana. La más pequeña, de cuatro años, echó a correr por el prado abierto y la mayor, de seis, se lanzó a perseguirla. El pelo suelto les brincaba en los hombros. Ahora pienso que lo que sucedió aquella tarde se pudo evitar. Hubiera sido tan fácil irme con las niñas desde el primer momento que presentí el riesgo. Por lo general soy razonable, escucho argumentos. Sin embargo, hay cosas que me hierven la sangre y despiertan el simio vetusto y herbívoro que desconoce las palabras y las razones, cosas como que amenacen a mis hijas, por ejemplo. Soy de ellas, me tienen, me controlan. Mi relación con ellas es totalmente instintiva, no tolero siquiera que las miren mal, escapa de mi control.

Luego de dar un rodeo fuimos a unos juegos infantiles con mallas, pasamanos y columpios. Pero muy pronto se aburrieron. Su sitio preferido era la piscina de arena, a la que le caía la sombra de un laurel. Me senté en la banca, bajo la copa del árbol y las niñas me pidieron las maletas. Sacaron palas de plástico, baldes, mujercillas en vestidos, algunos perros, pastores de Belén, ovejas y carritos míos de infancia, volquetas y grúas que también hacían parte del pesebre. Sus voces, identificadas con la trama del juego, cambiaban a un timbre más alto y dejaban oír un falsete para simular la voz de sus personajes. Las sombras avanzaban por el prado y la arena. Cuando una corriente de aire pasaba, yo miraba al cielo y respiraba hondo.

A veces barría con la mirada la porción que estaba al alcance para verificar que no hubiera nada extraño. Se trataba de un parque abierto, limitado por las calles pavimentadas en los laterales. Estábamos a media cuadra de uno de sus límites con una calle ocupada por algunos carros y la gente que llegaba. Al otro lado de esa misma vía se extendía una larga pared de ladrillos. Ese día, un grupo de jóvenes pasaba la tarde en el muro a la sombra de un árbol. Estaban en lo suyo, sin prestar demasiada atención a lo que sucedía en el parque. Este sector estaba cerca del centro de la ciudad y no era raro ver desperdigados a varios sujetos solitarios. Unos estaban bien puestos en sus prendas. Otros no tanto. Pero invariablemente estaban solitarios, y vagaban, mirando las familias, los novios, o a otros solitarios. El sitio era tranquilo, pero había que estar atento. No era gratuito que se pasearan algunos vigilantes con escopetas.

Las niñas comenzaron a mover arena para construir una carretera cuando escuché un grito. Un joven venía por el sendero, era menor que yo, debía tener unos veinte años. Se acercaba seguido por un niño desganado que lloraba. El pequeño le decía "papá" y le pedía que lo esperara. El joven vestía camiseta sucia y larga hasta más abajo de las rodillas, *jeans* apretados y tenis extravagantes con la lengua burlona asomando por encima del empeine. Esa ropa llevaba, por lo menos, una semana sin lavarse. "Una valija desajustada de la periferia", pensé. El niño, vestido casi en las mismas condiciones, estaba lamiéndose una paleta de limón. La paleta se derretía y las gotas le resbalaban por los dedos, cayendo sobre las piedras del camino o recorriendo su antebrazo. Tenía el pelo revolcado y de la nariz le bajaban unos mocos líquidos y trasparentes.

—Te vas a ganar una pela, mariconcito —lo regañaba el papá.

El pequeño seguía llorando, lamiendo la paleta y caminando de mala gana. Llegaron hasta una de las bancas del parque, no muy lejos de la mía, a toda mi izquierda, casi al punto de la calle. El muchacho sentó al niño en la banca y escuché que le dijo:

—Chúpese la paleta aquí, relájese que ya vuelvo.

Sin el pequeño, la valija siguió alejándose en dirección a la calle, esperó a que pasara un carro y cruzó. Al otro lado, saludó al grupo de muchachos recostados en el muro. Leí un grafiti en la pared: "Sin violencia no hay rock and roll". La valija chocó la mano con todos y luego, apoyado también a la pared, sacó un cigarro y lo prendió. Por la espesura del humo supe que se trataba de un tremendo porro. Dándole una larga chupada, me miró. Fue la primera vez que me echó un vistazo. Ambos nos estudiamos. Lo miraba con la tranquilidad de la tardecita, y él me tiraba un desafío por los ojos. Así que giré y volví al juego de las pequeñas.

Hasta entonces pensé que la valija no se había percatado de nuestra presencia. Pero estaba equivocado. Por eso había llevado al pequeño cerca de las niñas, pensando que jugaría con ellas y de esa manera, podría estar con los otros vagos sin que su hijo lo molestara. Hubiera sido mejor hacerse acompañar de su hijo, y enseñarle a fumar marihuana de una vez, que haberlo dejado solo en aquella banca, al lado de mis hijas.

El niño, ya restablecido, se bajó de un salto, tiró el palito de madera y se metió en el arenal. Se acercó a mis hijas y estuvo entretenido untándose las manos, que con todo el pegote de la paleta le quedaron envueltas en una capa de arena. Así, se acercó a la más pequeña. Se detuvo por un momento y, cuando ella giró, en un ágil movimiento le arrebató una muñeca rubia de piernas largas. Luego salió corriendo con una sonrisa postiza en la boca y el juguete en la mano. La niña se echó a llorar y salió a buscarme. La mayor, en cambio, corrió detrás del chico por el prado. Ambos tenían casi la misma estatura. El niño iba y volvía, engañando a mi hija con sus amagues.

Sentí una rabia tan profunda que estuve a punto de pegarle un tiro. Y en verdad que lo iba a hacer. Pero la presencia de las niñas y un mal recuerdo me dominaron. Contuve el impulso inicial, y tratando de calmarme llegué corriendo hasta el tierrero.

—¡Vea muchachito! —le grité y estuve a punto de insultarlo, pero me aguanté.

Al parecer había venido al mundo para que todos lo trataramos mal. El niño tiró la muñeca a un lado y, sin mirarme, fue a sentarse a su banca. Me provocaba darle alcance para, por lo menos, darle un coscorrón. Ante circunstancias difíciles, normalmente permanezco con la sangre fría, pero siempre supe que si un sujeto tenía que ver con la desgracia de mis hijas, recibiría de mi parte una reacción violenta.

Detenido en el tierrero miré a la valija. Me observaba a la vez que discutía con sus amigos. Gesticulaba con vehemencia, como si estuviera enojado. Pensé que a lo mejor había escuchado el regaño y ahora me vigilaba. Volví la cara al pequeño. Con la cabeza agachada me miraba fijamente, era un resentimiento intenso, un rencor afilado, ajeno a la infancia. Ese pequeño ya sabía odiar. En un futuro desarrollaría una gran violencia. No pude dejar de sentir pena. Mirándonos, notó el malestar que se imprimió en mi rostro, a su edad ya había perdido toda inocencia, su destino sería el sufrimiento. Muy pronto, y vagando por las calles de la ciudad, estaría consumido hasta el cuello por las llamas, era solo cuestión de tiempo.

En ese momento tuve la oportunidad de largarme con mis hijas y evitar todo lo que sucedió a continuación. Si me quedé fue para darles otra oportunidad a ese padre y a su hijo, porque esperaba convencerme de que acabar con esas vidas era la peor solución. Lo siguiente fue la representación de una obra de teatro, una tragedia. Dentro de la improvisación yo sabía qué debía hacer, y a dónde quería llegar. Bastaba seguir el curso de las circunstancias y aprovechar las oportunidades. Y la ocasión llegó muy pronto. Sinceramente yo esperaba que el chico se reivindicara. Era su oportunidad, volví a mirar a la valija y estaba vigilándome.

Mientras yo estaba detenido en el borde del arenal, mis niñas recogieron el resto de juguetes que tenían esparcidos. Me miraban con tranquilidad. Ambas tenían el cabello dorado revuelto, los pantalones entierrados y las caras sucias. El regaño de su madre estaba asegurado. Cuando me senté en la banca, les dije que volvieran al tierrero.

—El chico no va a seguir molestando —dije.

Me obedecieron, soltaron los juguetes y comenzaron a jugar. Crucé la pierna y encendí un cigarrillo. Era mentolado y muy suave. Sentí el humo resbalar por la garganta, contuve el aire y luego lo boté con suavidad. Una ráfaga de aire esparció el humo y agitó las ramas de los árboles. Miré el cielo. Estaba azul, y el sol, poderoso en su luz, caía a mis espaldas. El niño las estuvo mirando por unos minutos y, de un momento a otro, se bajó de la banca y se acercó de nuevo. Se le veía una sonrisa mal camuflada. Había llegado la oportunidad que le daría.

Sentado en la banca, giré la cabeza para echarle un vistazo a la valija. Efectivamente estaba vigilándome. Volví rápido la mirada al pequeño. El chico caminaba, acercándose a las niñas. Al verlo venir, mis hijas iban a comenzar a recoger sus juguetes con afán. Inmediatamente las llamé, para entretenerlas y evitar que recogieran los muñecos. Así le di tiempo a que se aproximara a ellas. Quería ver sus intenciones. Las niñas me miraron, como preguntando, y en ese momento llegó el chico. Hasta entonces avanzaba con los pasos serenos, pero al estar cerca comenzó a repartir patadas a las muñecas, a los baldes, y al resto de juguetes que salían volando. Con cada puntapié levantaba una polvareda. Sentado en la banca lo dejé que hiciera su numerito mientras las nenas venían corriendo asustadas a mi encuentro. Me contuve hasta que ellas salieron del tierrero. Las dejé allí y me encaminé a lo que ahora era un foso de batalla. Cuando el muchachito vio que me acercaba, intentó correr, y casi se vuela de no ser porque di tres veloces zancadas. Desde su corta estatura, agachaba la cabeza y torcía los ojos, mirándome con una rabia contenida. Tenía los labios apretados, sacudía el hombro y trataba de liberarse. Verifiqué que la valija venía en mi dirección. Sus amigos aguardaban. Las niñas recogieron sus juguetes y me esperaron con ellos en los brazos junto a la banca. Solté al pequeño y fui a buscarlas.

Al estar cerca de nosotros, la valija me miró y yo fingí miedo. Dije a las niñas: "Nos vamos, nos vamos ya". Al tipo le salió una risita que era a la vez malévola y pícara. El niño se adelantó y con un golpe tumbó los juguetes de la menor. Casi me le voy encima. Pero de nuevo me contuve. Los juguetes quedaron regados por el camino. Detenido al lado de su padre, no se atrevió a recogerlos. El tipo estaba orgulloso de sí mismo y de su hijo. De manera que, sin dejar de mirarme, empujó al pequeño desde el hombro:

—Vaya pues papi, vaya por los juguetes... o es que le da miedo.

El niño se agachó y la valija soltó un gesto de satisfacción. Al niño también se le veía muy contento. Llevé a mis hijas al carro y traté de espantar la furia para pensar mejor. Tenía que tranquilizarme. Me saqué el revólver de la cintura y lo metí en la guantera. Dejé a las niñas encerradas en la silla de atrás y volví. Caminaba rápido. Sentí el corazón palpitar en los ojos y la respiración atropellada. Era ridículo que estuviera así. Iba de regreso al arenal cuando pensé que cómo era posible que un papá llamara a su hijo "papi".

A lo lejos observé que la pandilla se alejaba. Mientras llegaba, el cabroncito seguía jugando con los cacharros de mi hija. En su inocencia se veía contento y se divertía con ellos. Al lado de la banca, y pegado al tronco del árbol, el cabrón mayor inhalaba cocaína. Para beneficio de la valija y para mí tranquilidad, el vigilante del sector estaba entretenido un poco más allá, mirando un perro correr por el campo abierto. Cuando la valija me vio, se quedó quieto, a unos metros de su hijo, recostado en el tronco. Me miraba con una risa ofensiva, sintiéndose orgulloso del talento precoz de su hijo. Parecía que estaba convencido de mi fragilidad, y de que iba a tener que vérmelas con el niño para recuperar los juguetes. Para que entendiera lo grave del asunto le clavé la mirada. Al notar mi cambio de carácter y la cara que traía, guardó el papel mantequilla donde guardaba la droga. Se quedó recostado al árbol en una actitud autosuficiente. Un hombre sin miedo es un pendejo, pensé. Llegué a unos cuantos pasos del pequeño, estaba sentado en la tierra, se notaba su bienestar, restablecida su inocencia, entretenido con sus juguetes nuevos. Aún no me había visto. Al detenerme cerca, desde abajo, me echó un vistazo. Y al verme, tensionó la cara y miró impresionado a su papá, como preguntándole. Me quité la correa, me la enrollé en el puño y le di un correazo en los muslos, fuertecito pero contenido. El niño se largó a llorar, sobándose la piel que le ardía. Le dejé un breve colorado, uno de esos que se quita al poco tiempo.

Giré para verificar qué hacía la valija, que venía en mi dirección. Creo que gritaba algo. Cuando llegó le sacudí la correa en las piernas. Fue un latigazo seco y potente. Sus carnes debieron quedar palpitantes de dolor. El tipo se agachó y alzó la mano cubriéndose la cara. Lo agarré a fuetazo limpio y comenzó a pedirme que parara. Un aturdimiento me entró en la cabeza. Era muy raro. Yo era un profesional, pero estaba atolondrado. El hombre chillaba con cada azote que le iba alternando en un lado y otro de los muslos. Unas veces la punta de la correa caía sobre sus brazos, otras sobre sus manos. Cuando intentaba agarrarlo, el azote le ardía en las palmas pues mi técnica no era de pela doméstica, sino de verdugo, de lenta maniobra al principio del movimiento y rápida sacudida con la punta del látigo. Unos cuantos curiosos, a corta distancia, asomaban las cabezas por los troncos de los árboles, asustados por los gritos. El hombre cayó al prado, retorciéndose del dolor. En un primer barrido no ubiqué al vigilante. Un perro ladraba en la distancia. El niño, asustado, pero ya sin llorar, me miraba desde el tierrero, rodeado de juguetes. Di vuelta y me dirigí al auto en donde me aguardaban las niñas. Mientras me ponía la correa, giraba la cabeza para asegurar mi retaguardia. Un fresquito me recorrió la espalda.

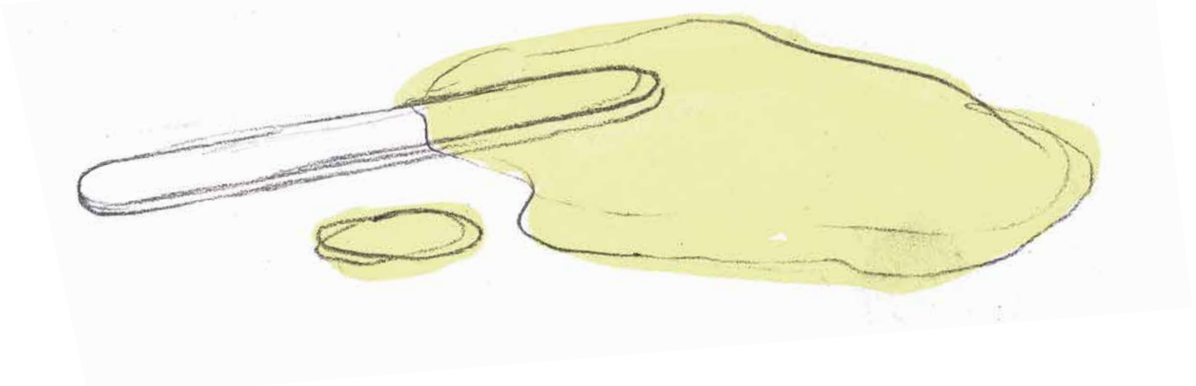
Cuando llegué al carro la menor estaba sentada, entretenida jugando con sus manos, tarareando una canción. Estaba aún tan pequeña que, recostada en el espaldar y con las piernas totalmente estiradas sobre el asiento, las suelas de sus zapatos apenas llegaban al borde de la silla. Ni me miró cuando llegué. La mayor me preguntó qué estaba haciendo.

—Fui a regalarle los juguetes a ese niño —le dije, y verificando que no me estaba viendo, saqué el revólver de la guantera y lo puse cerca, bajo la silla del conductor.

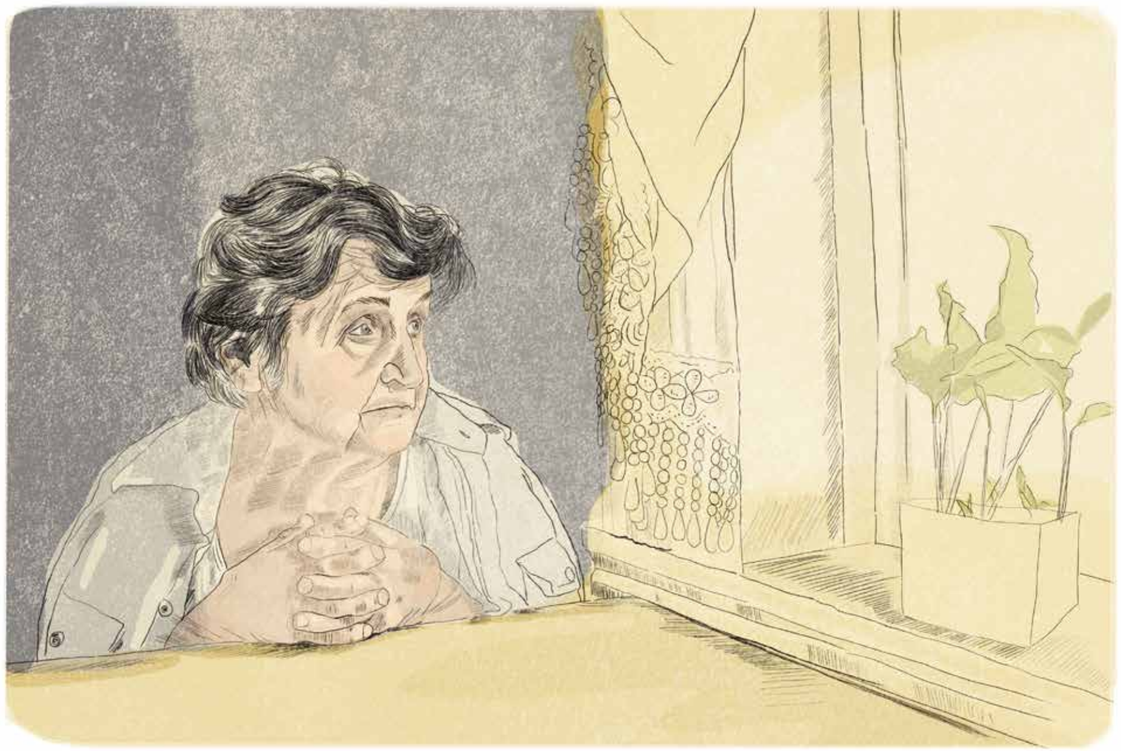
Entonces su rostro se tranquilizó. Era mi hija. Confiaba plenamente en mí. Estuvimos dando un breve rodeo por algunas avenidas. Habíamos tomado una avenida principal demasiado congestionada, así que me desvié por una calle solitaria en busca de una vía alterna. En la soledad de la calle giré la cabeza para mirar a la pequeña. Ella me observó, y me regaló una sonrisa luminosa.

—¿Y los juguetes?

—Mañana, nena, mañana te voy a comprar unos juguetes nuevos.



Ya no duele tanto



por HUGO TAMAYO

Ilustración: Mónica Betancourt

Doña Alicia Giraldo apareció en uno de los cuatro balcones, pocos segundos después de que le toqué la puerta. Al inclinar su cabeza por entre dos materas con flores rojas, que colgaban del herraje metálico de ese balcón, dijo: "¡Ah!, ¿es usted? Espéreme un momentico ya le abro". Las palabras se le escucharon con el deje campesino intacto. Su voz era decidida y con energía, igual que cuando saludó, al abrir la puerta. Como si el tiempo ya fuera otro. Como si el dolor que tuvo que soportar por la desaparición de su hijo y el homicidio de su esposo, hace más de diez años, no lo llevara en su alma. "¡Pase, bien pueda!", me dijo de inmediato.

"¡Nooo, a mí ya no me choca contar eso. Y siendo verdá!", fue lo primero que contestó doña Alicia, después de que nos sentáramos en un mueble de la sala, cuando le dije que, si le molestaba alguna de mis preguntas, de antemano le ofrecía mis disculpas. Con la misma fuerza en su voz, volvió a decir: "¡Pregúnteme lo que quiera!".

Con el primer interrogante, empezó a narrar su historia:

Arnoldito, el esposo mío, me mandó aquí pal pueblo para darle colegio a los niños que pa que salieran adelante. Entonces yo me vine con los más pequeños y con él se quedó el grandecito. Y de la finca me mandaba revuelto, panela y plata que pa que comprara la carne y por ahí cositas. La comida no se embolataba.

Y un día me dijeron que mi esposo llamó al muchacho del cafetal, que venga desayune. Bueno, él vino —como ya le habían dicho en una reunión que el que no colaborara se lo llevaban—, y que había una gente por ahí escondida en la estancia y ahí mismo que llegó lo apelotiaron. Entonces ya dizque el niño se arrodilló, sin desayunar ni nada, y que le dijo: Papá écheme la bendición que ya nunca me va a volver a ver. Entonces ese hombre todo asustado le echó la bendición. Ese es Edis Norbey, el que no volví a ver.

Y desesperao se abrió a buscalo. Y al ver que búsquelo y búsquelo y nada, ya en Semana Santa él le habló a esa gente que por favor le entregaran el niño, que estaba cansado de esperarlo. Y que le dijeron, corra pallí si tá cansaíto. Y en medio de la iglesia y de onde hay un centro de salud, ahí lo cuadraron y lo mataron.

Hacía como tres meses que no lo veía, entonces le había mandao a decir con mi suegro que si iba a venir a Semana Santa, que si no pa mandale la ropita pa que tuviera bien pinchaíto. Y la razón fue que él venía. Entonces yo lo estaba esperando y le compré ropa: pantalón, camisa, medias. Y hasta unos zapaticos. Y el Viernes Santo llegaron con él. ¡Ay!, a mí me dio muy duro eso. Cuando a él lo trajeron matao le eché esa ropa pa que se la pusieran. Con la ropita nueva lo enterramos.

Desde que mataron a mi esposo me iba muy mal pa la comida. Y lo que más duro me daba era despachar a los muchachitos pal colegio sin tomar siquiera traguitos. ¡Ay!, eso era muy duro, uno sin una garra de panela. Yo bregaba que ellos no echaran de ver. Yo era callaíta. Pero al ver que mis niños cogían camino a la escuela con hambre, quedaba en un solo llanto.

Y como me daba ese desespero velos salir así, entonces a veces yo me levantaba, los dejaba arreglándose y me volaba ponde mi mamá a ver si tenía un pedacito de panela que me diera. Y ella, hasta bien pobre también, me decía: ahí en la cocina hay una librita, pártala en la mitad y llévese un pedazo pa usté. O a veces tenía un par y me decía, coja una enterita. Y ya me venía toda contenta a haceles el desayuno —pues, la aguapanelita— a los niños pa despachalos. Y en algunas ocasiones sacaba en la tienda unas tostadas fiadas, pero eso me daba pena hacelo seguido, ¡porque pa pagar cuándo por Dios!

De pronto, cuando mi Dios me mandaba un angelito, me daban por ahí mil pesitos o así, iba y pagaba en la tienda. También hacía fila los lunes en San Vicente y allá me daban una panela y una libra de arroz, y muchas veces eso era lo que tenía pa los niños en toda la semana. Pero a veces, sin terminase la fila, decían, se acabó todo, no hay más. En otras ocasiones me ponía a lavarle ropa a una vecina y me daba arroz, papa, panela. Plata no, pero mercaíto sí.

Al tiempo que nos pasó todo eso, dijeron que por allí iban a abrir una casa pa reunir a los niños huérfanos por la violencia. Y yo me volé a ver qué era, y los inscribí. Y ya yendo allá, vi a mi niña más animaíta, porque ella mantenía muy triste por la muerte del papá y el hermano que no apareció. Mónica era desesperadita pa irse el día que le tocaba ir a la fundación la Casa del Niño y la Niña. Y yo también, porque sabía que allá le daban alguna cosita.

Y también metí a la niña al internado por la mera comidita, pa yo pagásela a las monjas con trabajo. Tenía que coger moras. Y me ponían a desyerbar esas matas y eso me clavaba las tunas por aquí, por entre las uñas. ¡Más horrible! Después tenía que mochar ese tunero y recogelo en unos costales pa uno echáselo al hombro y pasalos pa otra parte, pa hacer montones y después quemalos. Vea, yo venía a la casa con estas manos todas rayadas y ni qué decir la espalda. Y mi niña me veía así y me decía: Mamá, yo mejor me voy a salir del internado pa que usté no le toque matase tanto. No trabaje allá, ¡ah!, qué pesar. Y yo cómo ponía a pasar hambre a mi muchacha.

Allá a mí me tocó hacer de todo: aporcar frijol, me mandaban por canastaos de mierda de esas vacas pa que la llevara pa unas matas de plátano... Y uno, entre más trabajaba, mejor pa esas hermanas.

Al principio me daban el desayuno y el almuercito, pero después me dejaron de dar comida que porque el presupuesto no alcanzaba. Y con esos calores tan machos, ¡bendito!, ni bogao tan siquiera me daban. Yo tenía que llevar, cuando había, porque, cuando no, tenía que aguantar hambre. A veces desayunaba con un trago de agua de panela o si acaso con una tostada y salía a las siete y media de la casa pa irme todo el día pallá. Y cuando esas viejitas se descuidaban, iba y cogía un vaso de por ahí y les robaba agua y tomaba.

Y a las cinco me iba a ir y me decían: ¿Y es que ya se va? Mire que todavía está de día. ¡Y no les gustaba! A la mandona, la hermana viejita, era a la que más le daba rabia porque me iba a esa hora. Y ya después me les empecé a ir a veces hasta a las cuatro de la tarde, pa llegar a hacer alguna cosa pa comer, porque yo llegaba muerta del hambre. Y pa darle a los otros muchachitos.

Como yo venía a la casa toda reventada estas manos, porque me mandaban a cargar viajes de Kin grass —de esa yerba pa las vacas—, y como pica esa pelusa que lo desespera a uno, entonces un sábado —porque los sábados también les trabajaba— le dije a Mónica que yo me veía muy enferma, que no voy a aguantar, yo me voy a morir en ese trabajo donde ni comidita me dan. Y ella me contestó: Mamá, yo tengo mucho pesar con usted, mejor sálgase. Tranquila que ahí comemos lo que podamos. Y yo pensaba que qué pesar de mi muchachita, será que otra vez la voy a poner a pasar hambre. Ya llevaba como cuatro años matándome. ¡Ah!, y me salí de allá.

De lo malo que me pasó aprendí otras cosas. Con eso que aprendí, ya como que uno mantiene más entretenido y se le van yendo los pensamientos malucos. Porque cuando tenía a Mónica en la Casa del Niño y la Niña me citaban a reuniones, pero me daba pena ir, pues allá lo ponen a uno a escribir y yo no sabía. Y no iba. Ya después, cuando ella estaba jovencita, entró a Granada Siempre Nuestra —GSN— como aprendiz, pero ahí sí tenía uno que ir a las reuniones por obligación. Y fui, y en un ejercicio de esos me pasaron un papelito y yo no hacía nada. Entonces la encargada se me arrimó, y le dije pasitico: es que yo no sé escribir. Que es por eso que me daba pena venir a reuniones. Entonces Yaqueline, que es la que dirige en GSN, me dijo que si me provocaría aprender a leer y a escribir, y le contesté que yo sí, pero que qué pena. ¡Que yo qué voy a aprender, uno ya viejo! Entonces me dijo: Le voy a poner una profesora a su gusto.

Cuando fui a ir el primer día, en el camino me acordé cuando hice en la vereda Los Medios el primero de escuela; que era muy rico estudiar, pero a uno le daba miedo de la profesora porque ella cascaba muy duro. Me dejaba estas manos rojitas de los golpes con una regla. Y bueno, entré. Y cuando llegué que a clase, ¡ay!, y vi que era no más yo, ahí mismo dije: ¡Cómo así que a mí me van a enseñar solita, qué pena! Y la profesora me dijo: No, eso no es delito, venga siéntese. Y yo no era capaz de hacer nada, como achantada. Y yo volvía y le decía que yo qué iba a aprender.

Ya me puso como a juntar letras, palabritas, y yo por hacer una letra hacía otra. ¡Ah!, muy tapada. Me fue muy mal esa primera vez. Y llegué a la casa y le dije a Mónica que yo no iba a volver. Y ella me dijo: Mamá, vuelva. No, qué pena pa uno de pronto no llevar las tareas.

Y al otro domingo mi niña me dijo: No mamá, arréglese y váyase. No, que me dolía la cabeza, le dije yo. Que qué mentirosa, me dijo, y ahí mismo me empacó la maleta. Y ya la segunda vez salí de estudiar más contenta. Ya estaba segura de lo que me había enseñado Camila, la profesora. Y me dijo que yo aprendía muy fácil.

Entonces ahí sí me alegré. Ya iba más animada. Y como a la tercera clase me pusieron de tarea que trajera los nombres de todos los hijos y del esposo —pues, del finaíto Arnoldo— escritos. Y yo le decía a Mónica: ¿Cómo es que se escribe la primera letra? Que porque dizque la primera letra del nombre tiene que ser más grandecita. Por ejemplo la A, de mi hija Aidé, tiene que ser más grande. Y mi niña toda linda se sentó conmigo a hacer la tarea.

Cuando escribía los nombres pensaba en mis cinco hijos vivos. Después el de mi esposo. Ese fue duro; al escribilo pensé cosas. Pero cuando estaba escribiendo el de mi hijo desaparecido, con ese sí dije por dentro: Cuánto hace que no veo a mi niño, saber que me sacaron sangre que por si de pronto resultaba en una de esas fosas que encontraban. Y espere noticia y nunca me volvieron a decir nada. Hasta pensé: qué rico uno morise, porque dicen que uno en la otra vida se ve con ellos. ¡Ah!, pero qué pesar también dejar a mis otros hijos. Yo no sabía por cuál de los dos lloraba más. Yo pensaba en el uno y en el otro. Pero creo que se sufre más por un hijo, y más que nunca apareció. Bueno, al fin terminé la tarea de anotalos a todos. ¡Bendito sea Dios!

Ya me pusieron a leer en un libro un cuento, y yo me gustó mucho leelo. Y ya por ahí a los cuatro meses leía de corrido. Ese año estuve contenta y que, como ya había aprendido a leer, pal otro año me seguían enseñando números y divisiones, dijo la muchacha. Y nunca le falté a la profesora con las tareas.

Ya después me pusieron fue un profesor pa los computadores. Y ese me dijo que tenía que aprendeme las tablas que pa las otras dos semanas. Y a los quince días le llevé las tablas aprendidas en desorden. Y él también dijo que yo aprendía muy fácil. Yo quedé muy contenta con él también.

Y los otros hijos: Jummm, ¡ay, dizque mamá estudiando! Todos contentos venían y me abrazaban. Que tan linda mi mamá. Y yo feliz que mis hijos me abrazaran. Aquí nos entrevistaron a Mónica y a mí. Yo saliendo y ella despidiéndome pa irme a estudiar.

Pero yo le di gracias a Dios cuando mi niña sacó los grados. ¡Ay!, yo pensaba que no iba a ser capaz. Uno lo ve y no lo cree. Aunque el menor salió muy rebelde y no quiso estudiar, saqué a todos adelante. Ya tienen su trabajito, unos se casaron... Y Mónica, desde que empezó a trabajar, me da plata y me dice: Vea mamá pa que compre lo que necesite.

Ya con mi edad solo le pido a Dios que me dé salud pa seguir luchando. Vea que ya tengo el otro esposo. Me da, gracias a Dios, buena vida, y la comidita no se pierde.

Doña Alicia, antes de despedirme, me dijo: "¡Yo ya me he recuperado mucho! Pero ¡ay, Dios mío!, qué rico que aparecieran los restos de mi muchacho"; y fue bajando la voz a medida que pronunciaba esta frase. En ese instante, con la mano derecha impidió que las lágrimas rodaran por su rostro, igual que cuando narraba la historia en la que sus niños salían a estudiar.

Cinco poemas

por JUAN CE. RESTREPO PÉREZ

Lo sé todo acerca de esos Hombres

Lo sé todo acerca de esos hombres.
El cigarrillo no acabó con mi garganta.
El humo de los carros no acabó con mi garganta.
Nunca leí un poema en voz alta.
Pero me quedó el cansancio.
El tedio.
El horror.

Las películas de Hollywood no enseñan a recitar poemas.
Tampoco enseñan a conquistar mujeres,
Tuve el mentor equivocado.

Nunca vi a un niño morir al lado de las vías del tren.
Nunca me paré al borde de la cornisa.
Nunca me supe un animal extraño.
No tengo un solo CD de jazz
y no le regalaría nunca mi nombre al mar.

Los señores que escriben poesía en mi ciudad han visto muchos muertos.
Se han comido muchas mujeres vampiras
y tienen súperpoderes.

Yo ni siquiera he elevado una cometa.

El cigarrillo no acabó con mi garganta.
Tampoco esa pesadez desarraigada de enfrentar una causa perdida ha podido acabar con mi garganta.

Yo no grito.
Nunca en 29 años he levantado la voz.
Los señores que escriben poesía en mi ciudad tampoco.

Me dijo un amigo ayer que Abel Aguilar era un personaje literario

Me dijo un amigo ayer que Abel Aguilar era un personaje literario.
Un personaje plano
de esos que no tiene líneas.
Que tiene poquitas líneas.
Bueno, de los que se disfrazan.
Los que a mitad del libro resultan importantes.
Los que solo recuerdan los que han leído el libro más de dos veces.
Los que saben leer,
y no solamente ven el partido.
O ven los goles en las noticias.

Me dijo un amigo ayer que Abel Aguilar era un personaje literario.
y yo le dije que Abel nunca había sido protagonista.
Rio.
Replicó.
Sentenció.
Sansón Carrasco tampoco y retiró al Quijote de las canchas.

Un poema poco memorable

Una vez escribí un poema sobre el olvido
y hablaba de todas esas cosas que no recuerdo.

Mi novia lo leyó.
Mi madre lo leyó.
Mi papá dijo haberlo leído.

En él confesaba haberle metido los dedos por debajo de la falda a una prima francesa,
haberme robado una panadería y huir con esa plata al mar.
Dispararle tres veces al cuadro del sagrado corazón en la cabeza,
Y muy triste por hacerme viejo.

Tenía trece años y no sabía dónde poner las tildes.

Mi papá me felicitó por el poema y me regaló un compás.
Mi mamá me enseñó a hacer mazapanes
y mi novia por primera vez me dio uno de esos besos con lengua.

Pensé que había encontrado el camino correcto para enfrentar los pormenores de una existencia agujereada e imperfecta.
Mentira.
Tenía trece años y no sabía dónde poner las tildes.
Ni siquiera sabía que había escrito un poema.

Era feliz.
Una mentira que abrigaba el duelo.
Mi papá nunca volvió de la guerra.
Mi mamá es arquitecta.

Es un poema poco memorable.

Ray Ban's

Los poetas de mi ciudad lloran cuando van en el metro porque piensan que las otras gentes son gentes tristes.
No solo lloran, lo escriben.

Lloran porque la gente no llora al verlos llorar, ni se conmueve con sus versos malos.
No solo los escriben, los publican.

Los poetas de mi ciudad se quejan de que en el metro solo se ven rostros marchitos.
Es el tedio.
La hora.
El calor.
El sueño.

La gente no está triste porque le hace falta poesía.
La poesía no compra ron, ni cigarrillos.
Tampoco paga por el jabón, o por el arroz o por el sexo.
La poesía solo sirve para hacer llorar a los poetas malos detrás de sus Ray Ban falsas.
Y para que nosotros, los otros, tengamos que sufrir sus aburridísimos post en Facebook.

Los poetas de esta ciudad son torpes y vacíos.
No saben sino llorar,
Y no escuchan reggaeton.

Cuando miran hacia los barrios pobres a un lado del río piensan que su más grande martirio es no mirar la belleza de las nubes, o ese verde desabrido de la montaña.
Como si en las nubes resucitaran los muertos,
Como si en esas laderas no los enterraran.

No solo lo publican, se lo creen.

Los poetas de esta ciudad dicen que lloran detrás de sus gafas falsas
porque sus lágrimas también son falsas

Leen a Piedad Bonnet.
Citan a Jodorowski.
Y no saben Bailar.

No hay guasca al otro lado del Estigia

Yo también puedo escribir versos vacíos con esa
cadencia
lenta,
solemne,
impostada,
A
JE
Na
de los que leyeron a Novalis una vez y se lo
llevaron pa'l centro.

Untar mis palabras de hermetismos torpes.
Epitafios alados,
Criptas frías,
la muerte y el color azul.
Los álgidos cipreses.
Un violín pintado con sangre.
El grito de Munch.
Un niño gamín afuera de una ventana.
O cameos desprestigiados de poetas muertos y
parafraseos de Chessman, Bacon, Nervo,

I got it.
Las mariposas guardan con desprecio el precio
inútil de sus silencios.
No hay guasca del otro lado del Estigia,
no hay tangos en el Lete, ni donde tomarse un
aguardiente.

Para qué televisión si hay poetas, me dicen,
como si de poesía se alimentara el intelecto,
como si ese reciclaje a los muertos tuviera mérito.

Son lindos, todos,
soñadores.
Creen que la poesía murió apenas este siglo,
que algún artilugio moderno desplazó la
pesadumbre de los malos versos.

La poesía nació muerta.
o es una de esas cosas que nunca existieron.

Como los pies alados de Aquiles,
Rambo,
Superman,
las apsaras o las melusinas.

cinéfagos.net | 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

/cinefagos.net

@cinefagosnet

PLANETARIO
DE MEDELLÍN

MI CIELO

ASTROFOTOGRAFÍAS TOMADAS POR LA GENTE

Exposición en el Planetario

Foto: Santiago Reina Herrera
Tomada desde el desierto de la Tatacoa

www.planetariomedellin.org

parque explora | Bancolombia | Alcaldía de Medellín Cuenta con vos

¡Es tiempo de encontrarnos!
Claustro Comfama
Este jueves 7 de diciembre
en la plazuela de San Ignacio:
noche de velitas con Cantoalegre
y concierto de órgano y soprano.
Te esperamos desde las 6:00 p.m. - Entrada libre.
VIGILADO SuperSubsidio
www.comfama.com
comfama
Consulta toda la programación del Claustro Comfama en www.comfama.com